



Gracineia Araújo

La Amazonia desde adentro

Historias fantásticas de la selva



EDITORA
TODAS AS
MUSAS

Gracineia Araújo



La Amazonia desde adentro

Historias fantásticas de la selva

Amor Rosas

Gracineia Araújo

La Amazonia desde adentro

Historias fantásticas de la selva

1.^a Edição
São Paulo
Todas as Musas
2023

Editor: Flavio Botton
Supervisão Editorial: Fernanda Verdasca Botton
Capa e diagramação: Studio Vintage Br
Ilustración de la cubierta: Simone Rasslan
Ilustraciones del interior: Santiago Schefret
Gracineia Araújo ©

Consejo Editorial
Adam Faye (UGB)
Ana Nadal Quirós (UPR)
Carmen Lúcia Reis Rodrigues (UFPA)
Elanir França Carvalho (UFPA)
Eula Regina Lima Nascimento (UFPA)
José Agustín Haya de la Torre (UPC)
Liza Higuera (UDEP)
Rejane Escoto Bueno (UNILA)

A reprodução não autorizada desta publicação, por qualquer meio, seja total ou parcial, constitui violação da Lei n.º 9.610/98.



Dados Internacionais de Catalogação na Publicação (CIP)
(Câmara Brasileira do Livro, SP, Brasil)

Araújo, Gracineia

La Amazonia desde adentro : historias fantásticas de la selva / Gracineia Araújo ; [ilustrações Simone Rasslan , Santiago Schefret]. -- 1. ed. -- São Paulo : Editora Todas as Musas, 2023. Html5.

ISBN 978-85-9583-146-9

1. Contos brasileiros 2. Folclore - Amazônia 3. Lendas - Amazônia I.
Rasslan, Simone. II. Schefret, Santiago. III. Título.

24-214532

CDD-B869.93

Índices para catálogo sistemático:

1. Contos amazônicos : Literatura brasileira B869.93

Aline Grazielle Benitez - Bibliotecária - CRB-1/3129

UNIVERSIDAD FEDERAL DE PARÁ

Rector

Prof. Dr. Emmanuel Zagury Tourinho

Vicerrector

Prof. Dr. Gilmar Pereira da Silva

CAMPUS UNIVERSITARIO DE CASTANHAL

Coordinador General

Prof. Dr. Francisco Valdinei dos Santos Anjos

Coordinadora Académica

Profa. Dra. Gerlândia de Castro Silva Thijm

Directora de la Facultad de Letras

Profa. Mtr. Simone Negrão de Freitas

Coordinador de la Titulación de Grado en Letras Español

Prof. Dr. George Hamilton Pellegrini Ferreira

Proyecto de Investigación

Literatura y mundo rural: conexiones entre lo real y lo imaginario

Coordinadora

Profa. Dra. Gracineia dos Santos Araújo

Edición y corrección de estilo

Cecilia A. Cortés Ortiz

Revisión del glosario

Ivan Pereira y Rejane Bueno

Narradores y narradoras del audiolibro

Ana Nadal (Ponce, Puerto Rico)
Carlos Pulpillo (Mijas, Málaga, España)
Cecilia Cortés (Ciudad de México, México)
Daniel Gordillo (Bogotá, Colombia)
Enric Botella (Barcelona, España)
Esther Gambi (Burgos, España)
Imelda Cuellar (Salamanca, España)
José Sánchez (Salamanca, España)
Liza Higuera (Bogotá, Colombia)
Nacho López Llandres (Madrid, España)
Pablo Grande (Salamanca, España)
Tadeo Stein (Rosario, Argentina)
Yining Echeandía (Piura, Perú)

Prólogo: Cecilia Cortés

MATINTA PERERA

Presentación: Daniel Gordillo (Bogotá, Colombia)
Relato 1: La enamorada del viudo cazador - Enric Botella (Barcelona, España)
Relato 2: La comadre matrona – Nacho López Llandres (Madrid, España)
Relato 3: La prometida del hortelano – Liza Higuera (Bogotá, Colombia)
Relato 4: La Matinta irreal – Yining (Piura, Perú)
Relato 5: La vecina centenaria – Tadeo Stein (Rosario, Argentina)

CURUPIRA

Presentación: Esther Gambi (Burgos, España)
Relato 6: El niño prodigio – Imelda (Salamanca, España)
Relato 7: El viejo centenario – Cecilia (Ciudad de México, México)
Relato 8: El robusto pescador – José (Salamanca, España)
Relato 9: La joven pachanguera – Ana (Ponce, Puerto Rico)
Relato 10: La multiplicación de los peces – Pablo (Salamanca, España)

Postfacio: Carlos Pulpillo-Leiva (Málaga, España)

AGRADECIMIENTOS

Con este libro agradezco a las personas que me han apoyado desde el inicio de mi trayectoria como investigadora de la tradición oral. De manera especial, agradezco inmensamente a mis estudiantes, por ser una pieza imprescindible en la fabricación de la canoa de los sueños que me conducen a las entrañas de la enigmática y fascinante Amazonia brasileña, ellos son quienes me han puesto en contacto con mitos y leyendas que brotan, se multiplican como el agua de las lluvias y resplandecen como la luz del sol en el interior de la gran selva.

Han sido muchas voces las que me han brindado sus conocimientos y su experiencia personal, pero me resulta imposible nombrarlas a todas; gran parte de ellas me han llegado a través de sus nietos, hijos, amigos... quienes amablemente me han hablado de sus abuelos(as), padres/madres, por poner algunos ejemplos concretos, todos ellos me han regalado una riqueza cuyo valor es incalculable.

Quisiera poner de relieve a los habitantes del mundo rural del interior de la selva, por ser portavoces de nuestra tradición oral; ellos que son conocedores y transmisores de historias como las que me han inspirado para la composición de este libro. Agradezco también a mis compañeros de trabajo, profesores de la Facultad de Letras de la UFPA/Castanhal, que han colaborado directa o indirectamente en la puesta en marcha de este proyecto, principalmente los colegas amazónicos con los que he compartido y aclarado muchas de las dudas que me han ido surgiendo a lo largo del camino; a las estimadas profesoras Carmen Rodrigues, Elanir França y Simone Negrão por su valiosa contribución; al profesor Ivan Sousa y a la profesora Rejane Bueno, por la

revisión del glosario; agradezco a la Coordinación del Campus Universitario de Castanhal, de manera especial, le doy gracias al profesor Francisco Valdinei dos Santos Anjos y a la profesora Gerlândia de Castro Silva Thijm por el apoyo recibido; agradezco a la Dra. Cecilia Cortés, del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la prestigiosa Universidad Nacional Autónoma de México, por ser piedra angular de este proyecto y por haber escrito el prólogo como si fuera un cuento maravilloso más (tal es su profundidad) y al doctor Carlos Pulpillo, del Instituto Cervantes de Mánchester, por el maravilloso postfacio; agradezco a cada uno de los estudiantes que, de manera entusiasta, han compartido relatos míticos que provienen de lo más profundo de sus realidades imaginarias amazónicas y que nos revelan muchos misterios y tesoros que guarda la selva, cuyo valor es incalculable; agradezco la oportunidad de poder escuchar a muchas voces que provienen de lo más recóndito del campo, de las aguas y de la selva para poder darles el protagonismo que se merecen, sobre todo a la estudiante Maria Eliene Oliveira, becaria del proyecto quien me auxilió en el proceso de elaboración de los textos, destaco su capacidad de escuchar y transmitir historias como si las hubiera vivido en persona, ella es quien me ha aportado una gran cantidad de elementos de su entorno cercano -sin los cuales probablemente la reelaboración literaria de los textos hubiera sido más pobre.

Agradezco a los profesionales de diferentes áreas del saber que colaboraron con el proyecto: agricultores, pescadores, cazadores, profesores, arquitectos, geógrafos, filólogos, lexicógrafos, informáticos, lingüistas, periodistas, entre otros, quienes aportaron su granito de arena, de una manera u otra; agradezco al geógrafo Diego Omar por la revisión del texto de caracterización de la región amazónica. De igual

manera, agradezco a los narradores y a las narradoras del audio libro de los diferentes países y perfiles que nos han regalado sus acentos en español; pongo de relieve al periodista barcelonés Enric Botella, cuyos documentales que emitía desde la BBC News me dieron mucha vidilla durante la pandemia, a través de ellos fue que me animé a contactarlo y hoy tenemos el privilegio de tenerlo como colaborador en este proyecto; al locutor madrileño Nacho López Llandres, escritor, director y presentador del programa “Hoy por hoy” Madrid Norte (Cadena Ser), otra de las voces que me acompañaron durante la pandemia de COVID-19 y que tenemos el gusto de seguirla disfrutando en este trabajo; y a la Dra. Esther Gambi, directora del programa radiofónico BMQS (Brasil es mucho más que samba), emitido por la Radio Universidad de la prestigiosa Universidad de Salamanca.

Doy gracias a la Universidad Federal de Pará (UFPA), a la Pro-Rectoría de Investigación y Posgrado (PROPESP) y a la Pro Rectoría de Extensión (PROEX), especialmente a Silvana Nascimento por el sostenimiento recibido para que este proyecto salga a la luz con el apoyo, también, de Vivi Reis, a la Fundación de Amparo y Desarrollo de Investigación (FADESP), al Centro de Estudios Brasileños de la Universidad de Salamanca, al Campus Universitario de Castanhal y, para finalizar, a la Facultad de Letras.

Y, como no podía ser de otra manera, a mamá, Maria das Graças, por enseñarme a no desistir de soñar. Contigo siempre se aprende, se fortalece y se divierte.

Las narraciones que conforman *La Amazonia desde adentro. Historias fantásticas de la selva* están inspiradas en experiencias vividas por los habitantes del interior rural amazónico del estado de Pará, en Brasil, y son ficticias.

Este libro tiene por protagonistas a dos de los personajes más emblemáticos de nuestra literatura de tradición oral: Matinta Perera y Curupira.

Dedico este libro a los pueblos del campo, de las aguas y de las selvas.

ÍNDICE

Prólogo, Cecilia A. Cortés Ortiz	13
Presentación.....	27
Matinta Perera	31
La enamorada del viudo cazador	35
La comadre matrona	41
La prometida del hortelano	47
La Matinta irreal	55
La vecina centenaria	63
Curupira	69
El niño prodigio	73
El viejo centenario.....	83
El robusto pescador	93
La joven pachanguera	99
La multiplicación de los peces	107

Glosario	115
Postfacio, Carlos Pulpillo-Leiva.....	121
Narradores y narradoras.....	129
Ilustrador e ilustradora.....	135

Prólogo

Dra. Cecilia A. Cortés Ortiz
Instituto de Investigaciones Bibliográficas
Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad de México, 2022

La Amazonia representa la selva tropical más grande de nuestro planeta, pues abarca un territorio de aproximadamente siete millones de km². A pesar de que se encuentra distribuida a lo largo de nueve países de América del Sur, la mayor parte de ella se concentra en Brasil con casi un 60% de su superficie.

Pensar en esta región nos remite a un lugar de abundancia incommensurable, a un sitio paradisiaco y de un verde exuberante. Es una zona con una impresionante riqueza de agua, de territorio, de flora, de fauna, de asentamientos humanos (se estima que alberga más de 350 grupos étnicos, muchos de los cuales todavía se encuentran aislados) y, con ello, de culturas y de lenguas en las que se configuran una multiplicidad de historias que reflejan la cosmovisión de los habitantes de esta maravillosa región sudamericana.

Los relatos reunidos en este libro son narraciones inspiradas en el conocimiento popular que se ha ido transmitiendo de forma oral de generación en generación entre los habitantes de Apuí, un poblado del estado de Pará, dentro de la Amazonia brasileña. Sus protagonistas principales son dos seres fabulosos y sobrenaturales: la Matinta Perera y el ambiguo (o ambigua) Curupira. Gracias a ellos es que podemos adentrarnos, de su mano, en las “entrañas” más profundas de la selva para tener un acercamiento a esta vasta región: a sus característicos paisajes de copiosa naturaleza, a los sonidos que emanan de ella, al carácter y a la forma de vida de sus pobladores, a los sugerentes olores procedentes de la comida que en sus casas se prepara, entre otros detalles cotidianos. Sin embargo, no solo Matinta y Curupira protagoni-

zan los relatos fantásticos aquí presentados: en todos ellos se encuentra como gran protagonista omnipresente la imponente naturaleza de la región.

En las historias son fundamentales los ríos, los arroyos y los lagos, ya que esta región geográfica se localiza alrededor del río Amazonas y de los afluentes que vierten sus aguas en él. Así que lo largo de los relatos siempre los tendremos presentes, por ejemplo, el Manxica, arroyo de aguas cristalinas por el que algunos de los personajes se desplazan en canoas o nadando y cuya orilla imaginaria se encuentra decorada por una gran alfombra de piedras blancas y delineada por palmeras de asái.

A medida que avanzamos en la lectura, el conjunto de narraciones va dibujando ante nuestros ojos un paisaje concreto que, como lectores, terminaremos por conocer, pues se presentan determinadas referencias geográficas que se convertirán en familiares a lo largo de las historias: el frondoso árbol *jatobá* que se encuentra a la entrada de Apuí en el que siempre ocurren cosas misteriosas e inexplicables, también aquel “caminito de tierra” que conduce a los personajes a la entrada del poblado y el ya mencionado arroyo Manxica.

Sin embargo, esta inabarcable naturaleza no llega a nosotros, los lectores, únicamente a través de los ojos, también es posible escucharla porque en los relatos se recrean los característicos sonidos de la selva: esa música armoniosa de la naturaleza que los seres humanos asentados en las grandes urbes desgraciadamente ya no estamos acostumbrados a escuchar. De esta suerte, los relatos nos hacen saber que el inicio del día en Apuí se rige por los cantos de los capitanes del bosque o *cricriós*, aves que poseen uno de los cantos más hermosos de la región, y también por los cantos de los domésticos gallos de corral.

Además, es posible escuchar, tal como dicen los relatos, el “barullo de las hormigas desplazándose en su tradicional vaivén o el ñam ñam ñam ñam... de los cachorritos de mono recién nacidos colgados de los pechos de las madres”. Los sonidos que produce la selva son tan variados que, si nos familiarizamos con ellos, podemos reconocerlos. El amplio espectro puede clasificarse a partir de los sonidos de mayor magnitud a los más discretos:

con gran intensidad se oyó el canto de los pájaros como si se conjuntaran las más variadas orquestas, el aullido de los lobos de todas las edades, el sonido de las ranas por todas partes que cantaban en sinfonía y el rugido de los jaguares de distintos tonos de piel, el gañido de los zorros y zarigüeyas de todos los tamaños, el musito de los ratones de todas especies de la región, los chillidos de los simios de variados colores y hasta el aleteo de los murciélagos de distintos tamaños y de las mariposas de todas las formas y colores

El protagonismo de la naturaleza se refleja también en la biodiversidad representada en los relatos. Biodiversidad que es un fiel reflejo de la realidad, ya que este fértil ecosistema es uno de los más ricos de la Tierra. No resulta extraño que una gran cantidad de pájaros estén presentes en todas las historias, puesto que la selva Amazónica es el ecosistema del mundo en el que viven mayor cantidad de aves. Entre las que aparecen en los relatos tenemos *cricriós* o capitanes del bosque, *aracuanes*, *uirapurús*, *urús*, pájaros carpinteros, pavorreales, urracas, patos salvajes, búhos, paragüeros corbatudos, codornices, ocas, gavilanes... Además de las aves, aparecen perros salvajes, jaguares, zorros, zarigüeyas, *majás*, ocelotes, agutíes, ratones, simios, pere-

zosos, murciélagos, delfines rosados, ranas, tortugas, lagartos, culebras, arañas, hormigas, mariposas, entre otros animales. Con respecto a los peces, se menciona a los *tucunarés*, los *sarapós*, las *traíras*, los *tambaquís* y los *pirarucús*.

No puede faltar la flora en este retrato de la zona conocida como el pulmón de nuestro planeta, de ella destacan tanto los árboles como las palmeras. Entre los árboles encontramos los *jatobás*, las *samaúmas* o ceibas, los castaños, las jacarandas, los árboles de mango, los angelines rojos y los cedros. Y entre las palmeras más abundantes de la zona tenemos las de *asaí*, las de *burití*, las de *babasú* y las de *bacaba*.

De estos variados árboles y palmeras brotan deliciosos frutos, tales como el *asaí*, el *bacurí*, la *yaca*, la *pupuña* y el *cupuazú*. Con lo cual los relatos, además de retratar paisajes y recrear sonidos mediante las palabras, también nos remiten a sabores y a olores, la mayoría de ellos desconocidos para los que no estamos familiarizados con la selva amazónica pero que no por ello dejan de abrirnos el apetito: de las cocinas de los habitantes de Apuí emana el delicioso olor del pollo o del pato al *tucupí*, de la *yuca* frita con café, del caldo de tortuga o de gallina y del asado. La alimentación nos lleva a conocer las costumbres sociales de los habitantes de la Amazonia, puesto que los relatos nos muestran una reunión festiva en torno a la comida: el *avocado*. En él se perciben los aromas y los sabores de los manjares más apreciados, reservados únicamente para las ocasiones especiales, principalmente si el *avocado* se prepara con el pez llamado *tambaquí*. Este desfile de olores, sabores y guisos incluye también al *tacacá*, al *vatapá* y a las *tapioquiñas*.

A primera vista, los breves relatos de este libro parecen ser de una aparente sencillez e inocencia. No obstante, al leerlos con atención y al adentrarnos cuidadosamente en ellos podemos percatarnos de que

en realidad están elaborados mediante un complejo entramado cultural y literario que refleja la cosmovisión de los habitantes de la selva más grande del mundo. Las imágenes y las metáforas que encontramos en ellos poseen la característica dual de la “sencilla complejidad” (quizá característica subyacente a la literatura oral): sencillez por las pocas palabras empleadas en su construcción y complejidad porque al analizarlas notamos el profundo significado que entrañan y la belleza sinestésica que conllevan. Tenemos ejemplo de esto en la descripción de los colores de una de las casas de Apuí: “había una hermosa casita de barro apisonado, amarillo brillante, reluciente cual piel de jaguar”; también cuando se habla del movimiento que produce el miedo en uno de los personajes, pues se describe de la siguiente forma: “tras el ruido apabullante se echó a temblar como una liana verde cuando acoge en sus brazos la carrera de una manada de titíes”. Para describir la inocencia y tranquilidad del profundo descanso de una pequeñita se le representa como la “niña durmiendo como un perezoso”; de igual forma tenemos una imagen llena de movimiento en el acto de dar de comer a las aves de corral durante una mañana soleada, pues los granos de color amarillo brillante caen encima de las gallinas y los polluelos como una espectacular “lluvia de maíz”; mientras que las pequeñas embarcaciones que, mediante remos, surcan los ríos se enuncian de una forma peculiar: “canoas que rascan el vientre de los arroyos o ríos”. Incluso las descripciones que podrían no ser tan gratas tienen una viveza sin igual, como cuando se dice que uno de los personajes en su mano “derecha portaba un manojito de tres o cuatro codornices recién sacrificadas cuyas plumas eran tan brillantes como aquella mañana soleada”. Una actividad tan cotidiana como la de las mujeres que van a lavar al arroyo se describe de un modo muy ilustrativo: “Apuí

siguió plagado de lavanderas que, como hormigas laboriosas, se desplazaban en fila, lentamente”. Finalmente, tenemos un evento de la naturaleza descrito con el regocijo de una celebración: “poco a poco la noche se fue acercando y el cielo se puso de fiesta, invadido por la visita inesperada de estrellas fugaces que no se cansaban de bailar”.

Así, los relatos, rebosantes de recursos retóricos luminosos, llenos de movimiento y de emotividad, de paisajes naturales, de colores nítidos y brillantes, de sonidos armoniosos, de olores y sabores que deleitan el olfato y el paladar, reflejan el modo de vida, las tradiciones y creencias (algunas, por desgracia, en peligro de desaparecer) de los pobladores de la selva amazónica en general y de Apuí en particular.

Una de las creencias populares más conocidas es la referente a la Matinta Perera, un ser sobrenatural y temible que emite un silbido escalofriante: su característico ffffiiaiiittttt, ffffiiaiiittttt, ffffiiaiiittttt... que pone los pelos de punta a cualquiera que lo escuche. Generalmente Matinta tiene el aspecto de una mujer de muchos años que suele vivir en la periferia del pueblo, pero puede cambiar de forma si así lo quiere, pues puede aparecer ante nuestros ojos como una joven o también transformarse, tal como lo leemos en uno de los relatos, en una puerca gorda. Este espíritu de la selva tiene el poder para esfumarse e incluso el de hacer desaparecer el lugar en el que habita y así no dejar ningún rastro: “la cueva donde vivía la anciana se cerró, dejando atrás apenas las huellas de una puerca gorda clavadas en el suelo.”

Personajes tan arraigados en el imaginario cultural, como la Matinta Perera, forman parte esencial de las tradiciones y del folklore de una comunidad. En todas las culturas existen determinados personajes equivalentes entre sí: el ffffiiaiiittttt, ffffiiaiiittttt, ffffiiaiiittttt... de

la Matinta puede equipararse con el desgarrador y escalofriante llanto de la mexicana Llorona: aaaaaayyyyyy miiiis hiiiiiiijooooos, el cual también hace sentir pavor y desasosiego, en medio de la noche, a la desafortunada persona que lo escucha.

En contraste con el sobresalto y la ansiedad que genera el encuentro con este personaje mágico, habitante de otro plano de la realidad, que es la Matinta Perera, hemos percibido que un sentimiento constante a lo largo de todas las historias presentadas en este libro es la alegría, la cual emana tanto de la propia selva como de sus habitantes, sean humanos o no. El regocijo inherente a los pobladores se puede encontrar en las cosas más sencillas y cotidianas: “el amanecer en Apuí era como un día de fiesta: los hombres silbaban, las mujeres tarareaban, los niños gritaban, las gallinas cacareaban y el olor del café recién hecho invadía los cuatro rincones del poblado”. También se muestra la alegría que producen acontecimientos inesperados, por ejemplo, cuando el viejo cazador decide transmitir a los cazadores más jóvenes su experiencia y conocimiento en torno a la cacería: así, ellos “alegres con la noticia, [...] se miraron entre sí, se tomaron de las manos y se pusieron a tararear, bailando en círculo, como en una fiesta”.

En otro de los relatos queda claro que la felicidad es inherente a la vida de los habitantes de Apuí, pues no saben vivir de otra forma: “allí no había lugar para la tristeza porque la alegría era la ley de vida. Las prisas tampoco existían, salvo cuando alguna mujer rompía aguas”. ¿Acaso la felicidad y la tranquilidad que radica en los pobladores de esta zona siempre verde se debe a que han encontrado el justo equilibrio para convivir con su entorno? ¿Disfrutaban de la alegría porque viven sin acumular, únicamente con lo necesario para subsistir, tal como lo dice uno de los relatos?: “en aquellos confines del mundo no había

prisa ni pausa porque tampoco se necesitaba mucho para vivir. Sus habitantes conocían los secretos de la selva y la cuidaban como a sus hijos, porque de ella sacaban el sustento y disfrutaban de sus bondades, al tiempo que la compartían con los misteriosos seres que la protegen”.

Quizá la clave de esta felicidad sea el cuidado de su hábitat, ese coexistir en armonía con los demás seres vivos que tanta falta le hace al planeta entero hoy en día. Los habitantes de la Amazonia, además de convivir en equilibrio con la naturaleza, se sienten parte de ella, ya que la selva forma parte de su identidad: saben muy bien que si algo altera el orden natural de la selva ellos tampoco tendrán bienestar. Los pobladores de Apuí se encuentran tan integrados en su entorno que han llegado a conocerlo y a comprenderlo a la perfección:

Chontaduro se conocía las entrañas de los bosques como la palma de su mano: sabía cuánto medía cada árbol de alto y de diámetro, conocía la profundidad de todos los ríos y de los arroyos, calculaba cuánto pesaban todos los peces que capturaba, adivinaba si los panales de abejas estaban llenos de miel o si solo tenían cera, acertaba si una hembra estaba preñada o si un macho era estéril y nunca temía a los misterios de la noche

Es este conocimiento exacto del entorno el que permite que exista una profunda comunicación entre la selva y sus habitantes: “un día el incremento del poc poc poc, poc poc... de los pájaros carpinteros produjo una gran expectación en los ribereños. Era una de las varias señales de alarma que de vez en vez les enviaba la naturaleza y a las que todos los habitantes de Apuí prestaban atención”. Así, se establece una relación simbiótica entre ambos: la selva protege y provee de alimento a los habitantes que viven en ella (tanto humanos como no humanos)

y ellos, a cambio, hacen uso racional de sus recursos y la defienden de cualquier peligro que la amenace. En los relatos queda muy claro que esta especie de pacto se basa en una relación de respeto que no permite aprovecharse en demasía de los beneficios que la selva proporciona, en emplear las bondades que ofrece pero sin excederse (algo que el resto de la humanidad, con la sobreexplotación que hacemos de nuestro planeta y de sus recursos, no comprendemos), los habitantes de Apuí siempre toman en cuenta los ciclos vitales de la naturaleza: “era marzo, ya habían pasado los cuatro meses de la veda de pesca, período en el que los ribereños se toman un descanso por respeto a la reproducción de las especies”.

Esta estrecha relación entre la selva y sus habitantes llega a un punto casi mimético, puesto que en ocasiones no es tan fácil distinguir la diferencia entre la selva y los asentamientos humanos: “las casitas de barro, construidas en la orilla de un misterioso arroyo de aguas azules y cristalinas, eran tan antiguas que se fundían y confundían con el propio bosque que las abrigaba. En los techos verdes anidaban hongos de colores y desde lejos se divisaba una de las más sorprendentes imágenes del universo”.

Así, nuestros habitantes de la Amazonia viven en la naturaleza, dentro de ella, insertados en la selva, y por eso, al formar parte de ella, los protege. Sin embargo, a pesar de esta continua armonía y del conocimiento profundo que tienen de su entorno, en ocasiones la imprudencia de alguno hace que el pacto se rompa. Afortunadamente la naturaleza cuenta con un ser protector que siempre está al cuidado de que este equilibrio se conserve: es Curupira, un personaje que algunas veces aparece como femenino y otras como masculino, un ser sobrenatural un tanto travieso, representado como un jovencito de pelo rojo

y pies invertidos. Su presencia no causa terror como la de Matinta, sin embargo los pobladores de la selva saben muy bien que sus castigos son implacables y por ello se le tiene mucho respeto. No obstante, Curupira tiene un corazón compasivo y perdona los excesos de los que han traspasado los límites de la naturaleza siempre y cuando su arrepentimiento sea sincero y el daño, en la medida de lo posible, sea reparado.

Ojalá nuestro planeta entero estuviera custodiado por un gran Curupira omnipresente, guardián y protector, que nos pusiera en nuestro sitio a todos los habitantes que traspasáramos la frontera de la bondad de la madre naturaleza. Con su ayuda, sin duda, las cosas serían muy distintas hoy en día y quizá incluso podríamos tener en nuestras vidas la tranquilidad y la alegría que sienten los pobladores de la selva amazónica al haber encontrado el equilibrio perfecto con la naturaleza.

Los libros, es decir, las historias que resguardan, pueden transportarnos a un sinfín de espacios y de tiempos. Leyendo podemos ir a lugares desconocidos, a sitios de los que no habíamos escuchado hablar antes. En la actualidad, en estos tiempos pandémicos¹ en los que físicamente estamos más limitados para realizar viajes, es cuando más se hace evidente que podemos transportarnos a lugares inimaginables sin salir de casa, por medio de la lectura. Así, los entrañables relatos que componen esta obra nos dan la oportunidad de adentrarnos en la imponente naturaleza amazónica: al leerlos o escucharlos podemos trasladarnos al corazón de la selva y vivir por unos instantes en el poblado de Apuí como si fuéramos un ribereño más. Celebro que la Dra.

¹Este trabajo se realizó en los años 2021 y 2022, durante la pandemia del COVID-19.

Gracineia Araújo se haya dado a la tarea de coordinar y llevar a cabo este interesantísimo proyecto, en el cual, primero ha hecho, a través de la becaria Maria Eliene Oliveira da Mota, una recopilación de los relatos populares y, después, los ha reelaborado literariamente para dar como resultado estas fantásticas historias sobre la selva. Gracias a su labor de recuperación de las narraciones de corte oral, al ponerlas por escrito, las historias de Matinta Perera y de Curupira podrán difundirse fuera de las fronteras del lugar en el que tomaron forma como palabra hablada. Debido a su trabajo nos es posible conocer, especialmente a los lectores lejanos, una parte de uno de los lugares más enigmáticos y fascinantes del planeta: la Amazonia. Además, para favorecer la comprensión de la lectura de estos relatos fantásticos, la Dra. Araújo nos proporciona, al final de la obra, un jugoso glosario que contiene los términos amazónicos con los que el lector pudiera tener dudas sobre su significado².

Esta obra desenfadada representa un aporte importante para la pervivencia de la cosmovisión de los habitantes de la región amazónica dado que preservará una parte de su tradición oral para las futuras generaciones y ayudará a su difusión. La labor es meritoria ya que en estos tiempos de globalización lamentablemente las tradiciones de las diferentes comunidades que habitan el planeta poco a poco se están diluyendo sin que seamos plenamente conscientes de ello.

Agradezco enormemente haber sido tomada en cuenta para participar en este maravilloso proyecto y reitero que considero invaluable el esfuerzo realizado en esta obra para difundir la cosmovisión de una

² Los términos marcados en letra cursiva a lo largo de los relatos son los que pueden encontrarse en el “Glosario”.

parte de los habitantes de la cuenca del Amazonas y para dar a conocer, para todos aquellos que no habitamos en ella, estos entrañables y maravillosos relatos de la selva y de sus habitantes, tanto de los visibles como de los invisibles.

Dra. Cecilia A. Cortés Ortiz

Instituto de Investigaciones Bibliográficas
Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad de México, 2022



Presentación

Querido lector, querida lectora:

Te doy la bienvenida a esta muestra de historias fantásticas inspiradas en la enigmática y fascinante Amazonia brasileña. Estás ante una obra que bebe en las fuentes de la maravillosa cosmovisión del interior de la selva.

Este libro no se asemeja a un álbum de fotografías completo que retrate el repertorio de narraciones orales de la Amazonia. Sin embargo, pretende ser una pequeña muestra de este universo, (re)elaborada a partir de algunas de las historias que pueblan el imaginario colectivo de la región. Aunque las historias fantásticas que lo conforman están reelaboradas libremente de forma literaria, nos permiten penetrar en la selva, descubrir, conocer y disfrutar de muchos secretos que ella posee, al mismo tiempo que nos invitan a reflexionar concienzudamente sobre la importancia de nuestro papel en los cuidados del considerado “pulmón del mundo”.

He concebido esta obra durante mis primeros pasos como profesora de español en la Universidad Federal de Pará, motivada por el deseo de conocer y conservar las historias del universo amazónico que brotan desde las entrañas de la selva: los pueblos del interior. Sentí el deseo de plasmar por escrito algunos fragmentos del imaginario amazónico que podemos conocer a través de los cuentos fantásticos aquí reunidos. Relatos que están, de cierto modo, condenados al olvido con el paso del tiempo debido a las adversidades ocasionadas por lo que

llamamos civilización y progreso. Esta realidad casi siempre viene acompañada, entre otras cosas, de pantallas luminosas que nos individualizan al punto de llegar a aislarnos de nuestras comunidades, evitando que tengamos momentos propicios para oír o para contar historias tal como lo hacían nuestros padres y nuestros abuelos.

Así, este trabajo es la parte central del proyecto de investigación *Literatura e mundo rural: conexões entre o real e o imaginário* (*Literatura y mundo rural: conexiones entre lo real y lo imaginario*), subvencionado por la Universidad Federal de Pará por medio del Programa de Apoyo al Doctor Investigador, PRODOUTOR/2020-2022, en el que ha colaborado la becaria de iniciación científica Maria Eliene Oliveira da Mota, a quien agradezco, en primera instancia, ser el puente que nos ha acercado a las leyendas e historias que pueblan el imaginario colectivo de su Apuí natal y, en segundo lugar, le agradezco su inmenso entusiasmo para recoger las narraciones orales, las cuales me brindaron los elementos de la cultura amazónico-riberense sin los cuales difícilmente hubiera logrado reelaborar las historias fantásticas que conforman este libro. También agradezco a la editora de este proyecto, la Profa. Dra. Cecilia A. Cortés Ortiz, de la prestigiosa Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) por su dedicación y ahínco, paciencia y esmero con el que ha llevado a cabo su participación. De igual modo, agradezco al Dr. Jocenilson Ribeiro, de la Universidad Federal de Sergipe (UFS), por la constante ayuda en la organización del libro en portugués.

He escrito este libro originariamente en español y posteriormente lo traduje al portugués, mi idioma materno, para que los relatos puedan ser leídos en el idioma que los vio nacer. Este trabajo está disponible en diferentes formatos: se publica tanto en versión física como

en digital (*e-book*) y también contamos con la publicación en formato audiolibro en dos idiomas: español y portugués (con acceso gratuito). En el audiolibro en español los relatos han sido narrados por hispanohablantes de diferentes nacionalidades con la finalidad de poder tener una muestra de la variedad de acentos de la lengua española; en la versión en portugués los narradores son lusohablantes nativos de la Amazonia paraense (Brasil).

El trabajo de elaboración de *La Amazonia desde adentro. Historias fantásticas de la selva* me ha permitido retroceder en el espacio y en el tiempo y volver a mi infancia, cuando vivía en el *sertão* del Nordeste, en el estado de Bahía, y adquirí el gusto por escuchar las historias de la fantástica Amazonia. Esta literatura de tradición oral que llega a las profundidades de mi memoria resulta tan maravillosa como las historias protagonizadas por el *Berrador*, personaje de una de las leyendas del *sertão* que tiene forma de becerro recién nacido y no posee huesos (según lo configura el imaginario colectivo sertanero), del cual creo haber sido testigo de su característico berrido, escalofriante e inconfundible.

En esta perspectiva, el libro da cuenta del deseo de otorgar visibilidad a una literatura sin la cual no es posible concebir gran parte de la literatura universal, ya que es innegable que sus máximos exponentes han bebido de la fuente de las narraciones de tradición oral para configurar sus obras: autores como Gabriel García Márquez, Graciliano Ramos, João Guimarães Rosa, entre otros.

Puesto que, como ya se ha mencionado, los relatos orales que brotan del imaginario colectivo de los pueblos amazónicos corren el riesgo de desaparecer, invocamos a los misteriosos seres de la selva Matinta

Perera y Curupira para perpetuar estas historias fascinantes, estos relatos enigmáticos pero, a veces, escalofriantes, de horror y de miedo, que en la mayoría de los casos llevan consigo enseñanzas vitales fundamentales (pues contienen una carga didáctico-educativa considerable) y que lamentablemente son poco o nada conocidos por los habitantes de otras regiones de nuestro país e incluso son todavía más desconocidos fuera de nuestras fronteras.

Queremos subrayar que *La Amazonia desde adentro. Historias fantásticas de la selva* pretende ser un reconocimiento de la importancia que tiene la literatura de tradición oral y para ello otorga pleno protagonismo a la narración popular amazónica, lo que significa dar visibilidad a una parte de nuestro patrimonio inmaterial brasileño: las narraciones compartidas de forma oral, especialmente las que nacen y se multiplican en el interior de la selva.

Reunir y reelaborar literariamente estos relatos ha sido un deseo que me ha invadido desde que tuve conocimiento de ellos y ahora finalmente presentamos la materialización de este esfuerzo, cuyo resultado puede ser apreciado a lo largo de estas páginas. De ese modo, a través de este libro, te invito querido lector y lectora a un agradable paseo por las entrañas de una de las regiones más enigmáticas y fascinantes del planeta: la Amazonía, que ahora me recibe y de la que me siento parte.

Gracineia Araújo
Castanhal/Pará (Brasil), 2023

Matinta Perera

Matinta Perera, o simplemente Matinta, es uno de los personajes más populares de la Amazonia brasileña. Tiene poderes de transformarse y puede ser representada como una mujer o como un hombre, un pájaro u otro animal: todas estas formas asustan por igual. Es dueña del conocido y terrorífico fff-fiiiiitttttt, fffffiiiiitttttt fffffiiiiitttttt..., un silbido que impone respeto y no deja indiferente a nadie.

Eminentemente amazónico-brasileña, aunque no se puede precisar el lugar exacto en dónde se originó la leyenda, Matinta Perera remite a las culturas nativas de la región Norte de Brasil. En cuanto al significado de su nombre, existen diversas explicaciones: entre las acepciones tenemos que *Matit̃-taper-ê*, término de origen tupí, significa lo pequeñito, lo insignificante y propenso a las ruinas (*taperá*), es decir, el ente minúsculo al que le gustan las ruinas o vive en ellas.³ *Matit̃* es el nombre que se le da a un ente misterioso que no es ni ave, ni cuadrúpedo, ni serpiente sino que tiene una parte de todos ellos⁴ y *taperê* proviene de *ta'pera*, que en lengua tupí significa aldea en ruinas, abandonada, *tap-ûera*⁵, es decir, que ya no está. En la visión del indígena, el vocablo *matí* está relacionado con el mundo de los muertos, ya que también *matí* es el nombre de un ave que cobija al espíritu de los antepasados y muchos pueblos nativos de la Amazonía creen que algunos de sus ancestros, al morir, se convierten en pájaros y que por la noche su alma regresa a la aldea en forma de ave. Sin embargo,

³ Sampaio, Teodoro, *O tupi na geografia nacional*, São Paulo, Nacional, 1987, p. 281.

⁴ Cascudo, Luís da Câmara, *Geografia dos Mitos Brasileiros*, São Paulo, Global, 2010, p. 323.

⁵ Carvalho, Moacyr Ribeiro de, *Dicionário Tupi (antigo) Português*, Salvador-Bahia, BCB, 1987, p. 277.

en las narraciones actuales la Matinta es un ser vivo. Ambos vocablos de la lengua tupí dan origen a lo que podría parecer un nombre con apellido: Matinta Perera.

Matinta Perera es un ser multifacético y que se mueve de una geografía a otra, no importando si el lugar es rural o urbano. Pero, aunque circule por las ciudades, especialmente en las zonas periféricas, es en el universo rural, del interior, en donde tiene mayor protagonismo.

Relatan los ribereños de Apuí que el silbido escalofriante de la Matinta Perera representa una especie de petición a la que hay que atender: ofrecerle café, tabaco, incluso aguardiente o pescado, entre otras provisiones, tal como se muestra en las historias que conforman este libro. En caso de no ser atendida su petición, el misterioso ser puede vengarse lanzando una maldición que puede llevar a su destinatario incluso a la muerte.

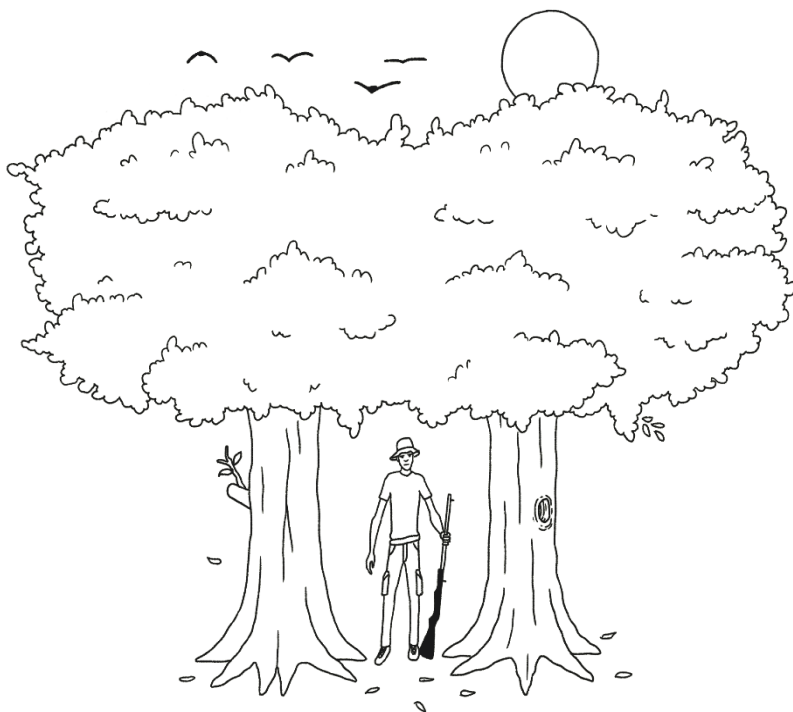
En Apuí, la Matinta Perera suele estar representada por la figura de una mujer que no siempre es una señora mayor. Las narraciones la describen como un ser nocturno y suelen asociarla a una criatura conocida que, en general, habita el vecindario. En el caso de que haya alguna mujer mayor que viva sola en una choza en las entrañas de la selva y que presente comportamientos sospechosos o conductas antisociales, sin duda será un personaje que caerá en habladurías y al que la gente vinculará con la Matinta Perera.

Los relatos sobre la Matinta que brotan del imaginario de los habitantes de Apuí presentan el carácter diverso de este temible ser. No obstante, todos coinciden en que se debe seguir la costumbre de decirle “ven a buscar...” y a continuación se debe mencionar el bien que se le va a ofrecer, ya que esta es la forma de librarse del desasosiego

que puede producir esta misteriosa criatura, la cual generalmente regresará personificada al día siguiente en busca de lo que se le ha prometido. De este modo, y para la sorpresa de quién la escuchó y le prometió un regalo, se descubre su identidad.



La enamorada del viudo cazador



Era verano. De pronto, la luna llena brilló en el horizonte. Para la alegría de los habitantes de Apuí, abría el paso a la mejor época de caza.

La luna vino acompañada de un radiante cielo estrellado y trajo también una agradable brisa fresca. Por doquier se comenzaron a escuchar todo tipo de ruidos: con gran intensidad se oyó el canto de los pájaros como si se conjuntaran las más variadas orquestas, el aullido de los perros salvajes de todas edades, el sonido de las ranas por todas partes que cantaban en sinfonía y el rugido de los jaguares de distintos tonos de piel, el gáñido de los zorros y de las zarigüeyas de todos los tamaños, el musito de los ratones de todas las familias de la región, los chillidos de los simios de variados colores y hasta el aleteo de los murciélagos de distintas especies y de las mariposas de todas las formas y colores. Todo ello mezclado con un barullo pavoroso, resultante del ffffiitttttt, ffffiitttttt, ffffiitttttt... de la Matinta que vino de los más lejanos confines de la selva.

Guiado por las voces de la naturaleza, el viudo cazador, el más famoso de toda la región, ganador de las más importantes cacerías, decidió marchar al encuentro de la presa anhelada. Estaba más seguro que nunca de que iba a hacer buena caza y, de este modo, su familia no volvería a pasar hambre.

El experimentado cazador, que prefería a los animales de mediano porte, como los *majás*, los ocelotes, las tortugas, los *aguties* y otros más, se preparó y se marchó bajo el cielo más estrellado que se había visto en los últimos tiempos. En menos de lo que canta un gallo se embrenó selva adentro como si fuera invisible. A medida que avanzaba el paso escuchó unos pitidos escalofriantes como nunca le había ocurrido. Ante el horror y el miedo se le puso la piel de gallina pero eso no

hizo que se echara para atrás y siguió adelante: tenía que alcanzar su meta, así que rendirse era algo que no formaba parte de sus pensamientos.

El valiente cazador sabía que debía sacar fuerzas de donde no las había. Como todos los habitantes del poblado, decidió cazar una cantidad suficiente de presas para alimentar a la familia durante los próximos meses. Su prole estaba compuesta por un número casi infinito de hijos, en edades comprendidas de los cero a los doce años.

Avanzado el paso selva adentro, el viudo resultó aturdido por el bombardeo de voces venidas de los rincones más recónditos de la geografía. Algo desconfiado, agarró con fuerza sus pertenencias y siguió su destino. Llevaba consigo una escopeta de dos caños, un poco de pólvora metida en su bandolera de esparto, un cuchillo filoso, una cabeza de ajo y un paquete de tabaco. Quería alcanzar el corazón de la selva siguiendo la tradición del lugar que indicaba no salir a cazar a cuerpo abierto. Sin embargo, al llegar a la mitad de camino volvió a ser invadido por un barullo indescifrable que le asombró todavía más. El horror provocado por el estridente ffffiitititit, ffffiitititit, ffffiitititit... fue tan grande que se le pusieron los pelos de punta. En ese momento llegó a pensar que se estaba convirtiendo en un puercoespín. Superado el agobio, el cazador se tranquilizó y decidió perseguir al barullo. Quería descubrir de quién o de qué se trataba, si era de verdad una artimaña de la temible Matinta Perera o si podría ser otro ser invisible que habitaba los bosques frondosos de la Amazonia.

Al cruzar el arroyo de aguas cristalinas que tenía por delante sintió que algo más raro le acababa de pasar: fue golpeado por una ola de ruidos todavía más intensos, estridentes y horripilantes mientras se desplazaba por el cauce de las aguas. El estallido se le clavó en el alma

como una sanguijuela. Perdido en la inmensidad de la noche, el valiente cazador sacó rápidamente el cuchillo del macuto y lanzó golpes por los aires desde todas las direcciones: por arriba, por abajo, por la derecha, por la izquierda, en círculos, en zigzag, por delante, por detrás, por los lados, de frente, por lo alto, por lo bajo e incluso a ras del agua. Al llegar al otro lado del arroyo que acababa de cruzar lo estaba esperando una hermosa mujer que declaró estar enamorada de él. Sentada en una liana de *apuí*, la doncella lo tomó de la mano y lo llevó a su hamaca que colgaba entre los troncos de esbeltas palmeras de *asaí*.

En brazos de su amado, el ser sobrenatural le confesó que lo había estado acompañando y protegiendo durante todo el desplazamiento por entre el corazón de los bosques oscuros. Sin embargo, al ser interrogada por el joven cazador, la radiante *cabocla* subrayó que se había transformado en Matinta para poderlo salvar de los inminentes peligros de la selva. Dicho eso, la luna se volvió a esconder en el horizonte, dando lugar a un hermoso día soleado plagado de animales y aves por todas partes.

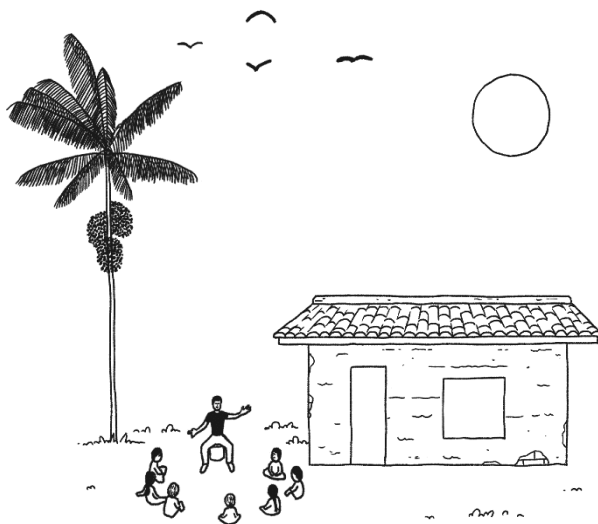
Acompañado de la *cabocla* enamorada, el viudo cazador nunca más tuvo que embrenarse a ciegas en la selva en busca de alimento para su familia porque ella, además de ser diestra en los trucos de la cacería y la pesca, era una gran sabia y conocía todos los secretos del bosque: los rincones donde se escondían los panales más abundantes de miel, las orillas de los arroyos que producían el *asaí* más sabroso y aún cosas más curiosas: era capaz de marear al pájaro más gordo que se le antojaba para el guiso con tan solo mirarlo, podía hacer caer del árbol el fruto de su deseo siempre y cuando estuviera completamente maduro,

sabía identificar el *bacurí* que no traía hueso y nunca fallaba en adivinar cuál *yaca* tenía los gajos más grandes y las semillas más chicas.

Al siguiente verano, para no padecer el riesgo de la escasez de alimentos debido a que seguirían creciendo y multiplicándose los integrantes de la familia, juntos se pusieron a recolectar semillas de árboles frutales de todos los tipos conocidos en la selva. Tantas lograron juntar que decidieron comenzar a plantarlas y de la noche a la mañana lograron reforestar gran parte de los bosques ya devastados, devolviendo la esperanza, la alegría y las tradiciones a la selva amazónica.



La comadre matrona



En medio de la nada había una hermosa casita de barro apisonado, amarillo brillante, reluciente cual piel de jaguar, como la mayoría de las viviendas de Apuí.

Lo que parecía ser un pequeño rincón del paraíso cobijaba en su seno a una anciana pareja de abuelos y su cuadrilla de nietos, la cual estaba compuesta por una docena de criaturas multicolores. La pareja era distinguida por ser los únicos habitantes de la zona que tenían la piel cetrina y los ojos de gato, y por trabajar de sol a sol en el cultivo de pimientos multicolores.

Por las tardes-noches, después de la jornada laboral, el abuelo ribereño se acostaba en la vieja hamaca que colgaba bajo la luz de la luna, cobijado por la sonrisa alegre de las pequeñas criaturas que siempre estaban dispuestas a escuchar las historias que él contaba.

Alrededor del viejo *caboclo*, niños de todos los colores se ponían en posición de combate, como quienes se preparaban, una vez más, para matar a los monstruos del miedo que posiblemente brotarían de cada relato que él narraba, historias que orgullosamente siempre protagonizaba. El evento diario tenía lugar después de la cena, tras saborear el rico manjar que la abuela preparaba a la brasa.

Durante la cena, el abuelo se ponía en su rincón favorito: a la derecha de la vieja mesa de madera de *jacaranda*, lugar en el que estaba seguro de que lo bañarían los rayos de la luna, de las tímidas estrellas o de las alegres luciérnagas que alegraban las noches cerradas.

Para la estupefacción de todos, durante la última cena el abuelo decidió rememorar su encuentro con la Matinta. Contó que regresaba del huerto cuando, de pronto, la luna se escondió en el horizonte sin dejar apenas huella. Aclaró que se desplazaba tranquilamente por el sende-

rito que cortaba el corazón de la selva pero, de repente, empezó a escuchar un silbido muy estridente, un fffffffiittttttt, fffffffiittttttt, fffffffiittttttt... que parecía infinito. Fue algo tan pavoroso como no le había pasado nunca.

Tras el ruido apabullante se echó a temblar como una liana verde cuando acoge en sus brazos la carrera de una manada de titíes. Asustado, el abuelo llegó a creer que incluso se le habían desintegrado las piernas. Tal fue el horror que sintió el pobre anciano que se vio obligado a invocar la protección de los seres del bosque, visibles e invisibles, teniendo cuidado para no equivocarse y atraer a los genios del mal. Pasado el sofoco, respiró hondo y pudo recapacitar pero todavía no tenía fuerza en las piernas para moverse del lugar. Y cuando volvió a tener el control de sus extremidades inferiores se estiró un poco y se puso a caminar con pasos largos. Más que nunca anheló llegar a casa lo antes posible, pero Apuí, que estaba a un tiro de piedra, ese día parecía no querer llegar.

Invadido por el horror y el miedo, el abuelo escuchó el estridente ruido otra vez. Sin saber muy bien qué hacer, notó que se le ralentizaban y acortaban los pasos. Y cuánto más se daba prisa, más notaba que el misterioso ser se le acercaba más y más. Para su gran desesperación, se topó con una puerca gorda bajo la sombra de la *sumaúma* centenaria que estaba a la entrada del poblado, a lado de un frondoso *jatobá*. Tuvo que luchar contra ella para defenderse de sus colmillos: guiado por los buenos espíritus del bosque enfrentó a la criatura con todas las fuerzas que logró reunir. Por un momento creyó haberse convertido en un verdadero jaguar. El ribereño llevaba un gran cuchillo filoso y eso lo llenó de valor.

La lucha corporal duró muy poco, pero la imagen de la gran puerca negra seguía delante de sus ojos. Sin pensarlo dos veces, el valiente *caboclo* sacó el arma y la acuchilló sin piedad. La sangre del cuadrúpedo lo bañó de los pies a la cabeza. Al verse sangrando, el misterioso ser se echó a correr y se perdió en el bosque. Por las dudas, como mandaba la tradición del lugar, el abuelo le dijo que al día siguiente podía acercarse por *asaí*.

Llegando a casa, el abuelo se lo contó todo a la abuela. Al día siguiente, antes de que saliera el sol, se les presentó la comadre matrona en su casa, una anciana solitaria que vivía en una cueva, al otro lado del Manxica, el arroyo que cortaba el poblado. La comadre dijo que se acercó por el *asaí* que le había prometido el compadre la noche anterior.

La anciana traía un reluciente tajo abierto en la pierna derecha y la ropa manchada de sangre. Al ver el rojo vivo de la pierna de la comadre, el abuelo se echó a temblar pero la anciana trató de tranquilizarlo. Subrayó que se había hecho daño con el machete mientras partía leña para la cocina. Tras la confesión de la comadre, el *caboclo* tuvo la certeza de que había sido atacado por la Matinta. Tan grande fue el miedo que tardó siete días y siete noches en volver a salir de casa.

Recuperado del susto, el ribereño decidió seguirle los pasos a la vecina. Anhelaba comprobar si verdaderamente ella tenía la capacidad de transformarse. Para la gran tristeza del abuelo, la cueva donde vivía la anciana se cerró, dejando atrás apenas las huellas de una puerca gorda clavadas en el suelo. Una semana después de lo ocurrido, y creyendo estar a salvo, el abuelo volvió al huerto. Finalizada la jornada laboral regresó a casa, atajando por un caminito de tierra que daba a la entrada del poblado. A mitad del trayecto otra vez volvió a sentirse

en apuros. Para su sorpresa escuchó el temible ffffiiaiiittttt, ffffiiaiiittttt, ffffiiaiiittttt... Esta ocasión, en vez de prepararse para luchar contra la posible puerca gorda, prefirió invitarla a tomarse un café a su casa y le ofreció también tabaco, tal como mandaba la tradición. Al día siguiente, y antes de que saliera el sol, estaba la comadre otra vez allí, lista para tomarse el café. Pero ya no tenía la herida abierta en la pierna, sino que portaba una reluciente cachimba en la mano y que, igualmente hambrienta, esperaba el tabaco prometido la noche anterior. Una vez con el café y el tabaco en las manos, la comadre le dio las gracias al abuelo y se marchó para nunca más volver.

Finalizada la narración de la historia, el sabio abuelo se dirigió a su alcoba y dejó atrás a la cuadrilla de niños, quienes se habían quedado dormidos profundamente en la alfombra de paja, cobijados por las alegres mantas multicolores.



La prometida del hortelano



En el corazón de la selva había un pequeño poblado habitado por una familia de curanderos, dos familias de apicultores, tres familias de hortelanos, cuatro familias de *pecoñeros*, cinco familias de canoeros, seis familias de tejedores de atarrayas y mallas de pesca, siete familias de pescadores, ocho familias de jornaleros, nueve familias de harineros y diez familias que se dedicaban al cultivo de pimienta negra.

Las familias que cultivaban pimienta se repartían así las labores: los varones preparaban el terreno, las mujeres sembraban las semillas, los niños cosechaban y los abuelos seleccionaban las mejores piezas para venderlas en la ciudad.

En este rincón del mundo que se asemejaba al paraíso vivían los Mota, una de las familias más veneradas por los vecinos del lugar. Su fama de laboriosos era tan grande y fuera de lo común que alcanzaba los confines del mundo. Por trabajar tanto no faltaba quien los insultara alegando que trabajar de sol a sol no era necesidad sino avaricia. Los más envidiosos decían que los Mota eran tan tacaños que preferían las hamacas a las camas porque el dormir estirado les supondría más tiempo a la hora de levantarse para ir a trabajar. Y perder el tiempo era algo que no formaba parte de su cotidianeidad.

Algunos habitantes de la orilla del Manxica, el arroyo más importante de la zona debido a que las palmeras de *asaí* que crecían alrededor daban los frutos más sabrosos de la selva, creían que era verdad que los Mota eran personas avariciosas pero no eran capaces de recordar que su incansable trabajar solo ocurrió en ausencia de la matriarca. Tras la defunción de la madre de familia, además del cultivo de pimienta negra, los Mota decidieron poner en marcha el cultivo de

un pequeño huerto donde sembraron pepinos, lechugas, tomates, cebollas blancas y moradas, pimientos verdes y rojos, calabazas, repollos, cebollinos, cilantros, *quiabos*, melones... Para sorpresa del vecindario, de la noche a la mañana aquello creció y se multiplicó, dando lugar a una alfombra multicolor semejante al jardín de las delicias.

Cuestionado sobre el por qué de trabajar tanto, el laborioso hortelano subrayó que más que alimentar a la legión de hijos que tenía (siete varones y una única nena) debía inculcarles la importancia de cultivar la tierra porque los alimentos no llegan solos a la mesa. De este modo, padre e hijos se repartían las actividades entre sí y eso daba como resultado que las faenas fueran más llevaderas. Y, pese a trabajar como chinos, no les faltaban los ratos de diversión. Para ello se organizaban como abejas en la colmena. Durante el verano se levantaban con los primeros rayos de la mañana y en invierno se guiaban por el canto alegre de los *cricriós* y de los *aracuanes* que los despertaban con sus inconfundibles sonidos mañaneros.

Caída la noche, los Mota se reunían con los niños del vecindario para compartir las más variadas historias de la selva, cuyos protagonistas eran siempre personajes conocidos. Mientras tanto, las ranas se encargaban de acompañarlos emitiendo las más alegres melodías desde su orquesta, la más famosa de la geografía. Durante los seis meses que duraba el verano amazónico, los sábados por la tarde-noche eran los momentos de diversión de los ribereños; mientras que en invierno los entretenimientos solían ser los domingos al mediodía, cuando las familias se reunían para disfrutar de los manjares más elaborados: pollo al *tucupí*, *yuca* frita con café, caldo de tortuga o de ga-

llina. Sin embargo los manjares que se consumían en el *avocado*, aquella reunión en la que los ribereños congregaban a amigos y familiares, eran los más apreciados, especialmente cuando se asaba el *tambaquí*.

A diferencia de los meses veraniegos, en invierno la familia del hortelano brindaba a Apuí olores especiales originados por los variados y exquisitos guisos cuidadosamente elaborados. En aquel rincón del universo se espantaba la tristeza contando y escuchando las enigmáticas y fascinantes historias del interior de la selva siempre después de la cena. En esos momentos tampoco había prisa y abundaban las alegrías. Sin embargo, un día, para la desesperación de los ribereños, algo pasó que sorprendió a todos y la alegría, que nunca faltaba en lo profundo del bosque más frondoso del mundo, dio lugar al horror y al miedo. Era una noche de luna llena y las tinieblas reinaban en el horizonte. Pese a la bondad de la luna, Apuí, que como muchos otros poblados de la geografía amazónica no tenía electricidad, se volvió todavía más oscuro. Ese día ni las luciérnagas se animaron a alumbrar.

Ocurrió que, mientras los Mota reposaban de la jornada laboral diaria sentados en poyos de piedra y de *jacaranda* que adornaban el exterior de la vivienda, el viudo hortelano escuchó el ruido de la Matinta Perera, uno de los misteriosos seres que habitan el Norte. Enseguida los presentes asintieron con la cabeza, pálidos como la luna y sin apenas poder emitir palabra. Ellos también escucharon el barullo. Temblando como una liana verde, el *caboclo* no lo pensó dos veces y, con una voz muy elocuente, le dijo, como mandaba la tradición del lugar, que si era macho se acercara al amanecer a recoger cien gramos de tabaco y en el caso de ser mujer que fuera por un “corte de paño”, una medida equivalente a un metro de tela, este regalo era uno de los más apreciados que hacían los enamorados a sus prometidas. Dijo esto

sin pensar en las consecuencias. Asustados, los comensales se marcharon a sus casas antes de lo acostumbrado pues aún no se había terminado la sobremesa.

Cuando entró a su alcoba, el viudo vio que su hija recién nacida seguía durmiendo como un perezoso. El padre de familia se tumbó a su lado y se quedó dormido. Al día siguiente le tocaba madrugar para vender sus mercancías en la ciudad, a la que llegaba remando en su vieja canoa de *jatobá*, rebosante de verduras y hortalizas. A las cinco en punto de la mañana, como de costumbre, lo despertó el *capitán del bosque* con su canto estridente. En menos de lo que canta un gallo se puso las chancas de goma y esparto y salió a la calle por el caminito de tierra que daba al Manxica. Para su sorpresa se topó con su prometida: una joven lo esperaba a lado de la canoa que reposaba a la orilla del arroyo, con una sonrisa abierta de par en par. Al verla sonriente deseó morirse. Cuando se le pasó un poco el agobio le preguntó a la muchacha que qué hacía allí tan temprano y en aquel lugar tan solitario. Sin vacilar, la hermosa muchacha le dijo que había ido a recoger el “corte de paño” que él le había prometido la noche anterior, pero el enamorado no se acordaba de haberlo hecho.

Aun sin poder creer en lo que le acababa de pasar, el viudo hortelano le dijo a su enamorada que se acercara a recoger el encargo a la mercería de su compadre. Muy contenta, la doncella se despidió con un ardiente beso de amor. Al sentir el sabor y el olor de la enamorada ribereña, el *caboclo* tuvo claro que la Matinta era su enamorada, pero fue tan grande la vergüenza que guardó el secreto bajo siete llaves. Tanto fue el horror que, sin pensarlo dos veces, el viudo hortelano decidió no casarse con ella porque no quería unirse a un misterioso ser que ronroneaba por el poblado asustando a todos los habitantes del

lugar. No obstante, prefirió no decirle nada, pues no tenía el valor para confesárselo, así como tampoco tenía el valor para comunicar lo acontecido al vecindario.

El tiempo siguió su destino. El viudo hortelano todos los jueves, viernes y sábados iba a la ciudad a vender los productos que sacaba del campo. Reservaba los domingos para descansar y destinaba los lunes, los martes y los miércoles para cuidar los sembrados y cultivos. De repente, empezó a notar que el cultivo crecía y se multiplicaba sin mucho esfuerzo y que las verduras y hortalizas doblaban su tamaño. Pero las sandías le salieron huecas, los pepinos agrios, las lechugas amargas como la hiel, las pimientas negras sin olor, sin color y sin sabor, e incluso hasta las gallinas del corral comenzaron a dar huevos vacíos.

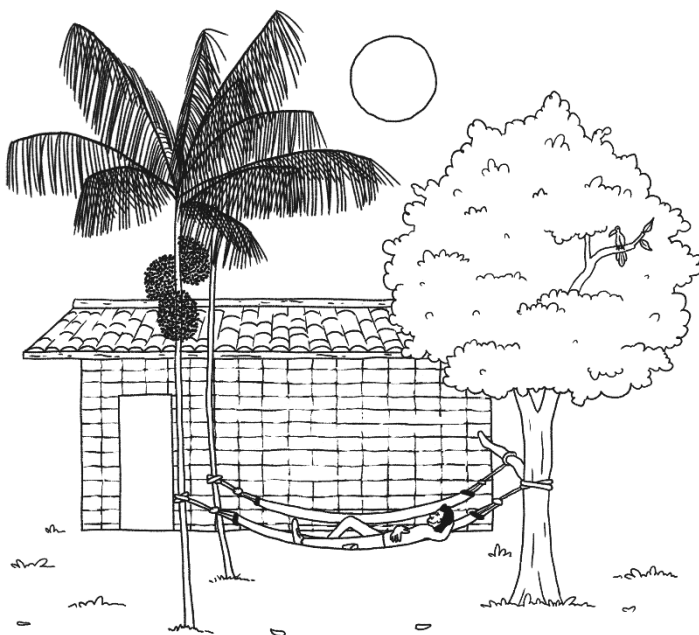
Ante semejante situación, el agricultor decidió ir a ver al sabio de Apuí, un *caboclo* ya entrado en años que todo lo sabía. Al día siguiente, cogió la canoa y partió en busca de una solución a su problema. Estaba todavía algo aturdido y sin saber muy bien qué decisión tomar: si dejarse llevar o no por la corriente; miró hacia la derecha, hacia la izquierda, hacia arriba y hacia abajo y se mantuvo con la cabeza alta. Después de más de una hora remando bajo la radiante luz de la noche estrellada, llegó a la choza donde vivía el sabio anciano. Antes de que empezara a hablar, el viejo caboclo sabio le dijo que regresara a su casa enseguida. A continuación le dio a beber un líquido espeso y denso.

El viaje de vuelta duró menos de la mitad del tiempo que gastó en el de ida. Con una agilidad descomunal el hortelano se desplazó por el cauce del río invadido por una sensación que nunca antes había sentido. A mitad del camino notó que lo acompañaba un lindo y extraordinario canto de pájaro, cuya melodía le hizo retroceder en el espacio y en el tiempo, a la época de cuando era un joven muchacho, el más

hermoso del poblado. Para su sorpresa y su alegría, al llegar a la otra orilla del Manxica vio que había brotado un exuberante huerto, el verdadero jardín de las delicias. Junto a él encontró a la madre de sus hijos rodeada de los pequeños en edades de cero a doce años.



La Matinta irreal



Hubo un tiempo en que, sin que nadie supiera muy bien por qué, muchos habitantes de Apuí dieron por hecho que la Matinta Perera se había esfumado; otros creían que al misterioso ser se le había desgastado la voz y que se había tomado un descanso para recuperar las cuerdas vocales y poder emitir su terrible ffffiiaiiittttt, ffffiiaiiittttt, ffffiiaiiittttt... Día tras día se incrementaban las hablaturías en el poblado sobre ese hecho raro.

Con la desaparición de la Matinta las mujeres que lavaban la ropa y la loza a orillas del Manxica se deleitaban escuchando los relatos de la vieja *cabocla*, la más antigua matrona de la zona, ya que era la única persona que podía saber algo sobre su paradero. A primera hora de la mañana de un reluciente sábado veraniego, y mientras enjabonaban y enjaguaban sus pertenencias, la comadrona les contó que había que andar con cuidado porque la Matinta Perera podía estar ante sus narices. Y para la estupefacción de las lavanderas, la anciana subrayó que la conocía pero que su condición de partera le impedía revelar los secretos del poblado. Al escuchar semejante confesión, mujeres y niños se llevaron las manos a la cabeza. Llegaron a creer, incluso, que la Matinta Perera podría estar allí entre ellos. Sin embargo, cambiaron de opinión porque ese día todas las presentes eran miembros de la misma familia y pertenecían al mismo linaje: madres, hermanas, tías, sobrinas, primas, abuelas, cuñadas, mujeres de tíos, mujeres de primos, mujeres de abuelos casados en segundas nupcias...

La vieja partera contó que un día como cualquiera, estando con su fallecida madre en la parcela donde cultivaban algodón, la comadre Delgadina, que ese día se acercó para echarles una mano, le preguntó si era verdad que sabía que la Matinta vivía en el poblado. Al escuchar el interrogatorio, la comadrona prefirió echar una carcajada y dijo que

era mejor no hablar sobre ello. Además, algo avergonzada, se tapó la cara con el sombrero de paja que llevaba y siguió cosechando los manojos de algodón sobre las ramas, callada como una tumba. De pronto, apareció el compadre *pecoñero* algo jorobado, caminando despacito por entre el algodonal, con la punta de los pies hacia afuera y apoyado en un bastón que sujetaba con la mano izquierda mientras que en la derecha portaba un manojo de tres o cuatro codornices recién sacrificadas cuyas plumas eran tan brillantes como aquella mañana soleada.

Al acercarse a las labriegas, el incrédulo jorobado dijo que era mejor dejarse de tonterías porque eso de la Matinta Perera era una invención de las mentes desocupadas. Señaló, además, que a sus noventa y nueve años nunca había escuchado el dichoso ffffiiiiittttt, ffffiiiiittttt, ffffiiiiittttt... ese que le atribuían a la tal Matinta y que todas esas historias eran para tener algo de qué hablar, ya que por allí tampoco había tantas novedades. Firme en su idea, el jorobado detalló una retahíla de cosas que había en el poblado y de las que era interesante conversar, por ejemplo cómo era cada estación del año, cada siembra, cada cosecha; cada estío, cada inundación; cada emparejamiento, cada nacimiento, cada funeral; cada animal, cada árbol, cada fruta; cada día y cada noche; cada viento, cada lluvia, cada tormenta; cada brisa, cada rayo, cada trueno; cada ruido, cada silencio... y así, por los siglos de los siglos. Y volvió a subrayar que no creía en esas cosas en las que creía todo el mundo. La matrona puso mucha atención en lo que oyó, pero no le quiso decir nada. Sin embargo Delgadina, que llevaba largo rato en silencio, decidió quitarse el sombrero y con los ojos abotagados le dijo que era mejor no hablar tanto, por si acaso, ya que con los espíritus de la selva no se podía jugar.

Con la cabeza alta y agarrado a su bastón, el jorobado dijo que estaba por nacer quién le hiciera creer en estas rarezas de la selva. Y siguió burlándose de la Matinta. Otra vez Delgadina le advirtió que era mejor no insistir en el tema porque, pese a su avanzada edad, todavía podría resultar sorprendido por acontecimientos sobrenaturales e insistió diciendo que no era bueno olvidar que a la entrada del poblado de Apuí había un *jatobá* donde solían pasar cosas (aunque tampoco quiso decir qué cosas). Al escuchar lo que dijo Delgadina, la matrona emitió su inconfundible carcajada y agregó que no se asustara si de vuelta a su casa se topaba con unos ojos que lo miraban desde la cima del ya mencionado árbol. Increíblemente, el *pecoñero* se echó a reír mientras asentía con la cabeza, dejando clara su indiferencia ante los consejos recibidos. Y, como si fuera poco, dijo que no le daba miedo y que la Matinta esa de la que tanto hablaba la gente de Apuí podía presentársele cuando quisiera. Y siguió su destino, caminando despacito por el senderito de tierra que daba a su vivienda. Al llegar a casa se tumbó en la hamaca para descansar. Allí se quedó dormido un par de horas largas, hasta la puesta del sol. Al día siguiente le tocaba madrugar para ir a hornear la harina de la temporada en la fábrica artesanal que regentaba el otro centenario, su compadre, conocida como el Retiro.

Cuando los *capitanes del bosque* anunciaron las cinco de la mañana disputando con los gallos el protagonismo entre sí, los *caboclos* centenarios tomaron sus pertenencias y se dirigieron al Manxica, donde reposaba la canoa que los transportaría a la fábrica de harina. Tras remar un día entero llegaron al Retiro. Era de noche, la luna brillaba en el horizonte y las estrellas alumbraban la ruta por entre el corazón de la selva.

Al otro lado del río los labriegos se bajaron de la canoa y se dirigieron a la choza que quedaba cerca de un hermoso *tapirí*, una casita de barro que servía de refugio para los trabajadores de la *yuca*. Allí pasarían la noche en sus hamacas, pero hacía un calor húmedo y bochornoso, así que decidieron colgar las hamacas en los árboles, desde donde apreciaban el hermoso *tapirí*, hecho con hojas de palmera *burití*, uno de los árboles más venerados por todos los amazónicos. La fábrica de harina estaba a escasos kilómetros del *tapirí* pero solo se podía llegar a pie. En el *tapirí* colgaron las hamacas, una a lado de la otra, y se quedaron profundamente dormidos. De pronto, en la oscuridad de la madrugada, el anciano jorobado oyó un estridente ruido que nunca antes había escuchado: el barullo parecía venir del frondoso árbol de mango que había en las inmediaciones del refugio. Asustado con el ffffiitttttt, ffffiitttttt, ffffiitttttt... se le pusieron los pelos de punta. Sin apenas poder con el temblor del cuerpo y del alma se frotó las manos, se restregó los ojos y sacó fuerzas de donde no las había. En menos de lo que canta un gallo estaba en el suelo. Ese día se le quitó incluso la joroba.

Estirado como un gallo de pelea, el ribereño tomó su linterna y dirigió los destellos a la hamaca de a lado, donde reposaba el centenario, su compadre, que lo acompañaba. Vio que allí no quedaba ni rastro de persona. Salió del refugio y vio que en lo alto del árbol de mango estaba el centenario. Incrédulo de lo que estaba ocurriendo, hizo de tripas corazón, lanzó un grito muy alto y le pidió que hiciera el favor de bajarse del árbol. Sin oponerse a la petición de su compadre, el ribereño centenario descendió del árbol y una lluvia de interrogantes le cayó encima. El jorobado, sin titubear, insistió en querer saber la motivación

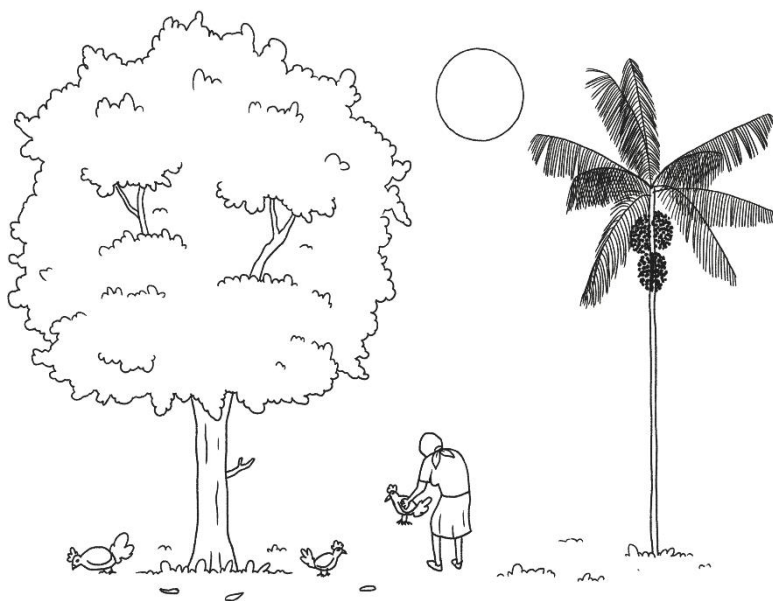
de semejante espectáculo. El *caboclo* del árbol no dijo ninguna palabra: se encogió de hombros y se mantuvo en silencio. A continuación se dirigió a la solitaria hamaca y se volvió a acostar hasta el amanecer.

Al día siguiente, antes de que cantaran los gallos y los *capitanes del bosque* anunciaran el amanecer, se presentó Delgadina ante los dos *caboclos*. Sonriente e irónica, la esmirriada criatura se dirigió al jorobado y le preguntó que qué tal la noche. Solo así el viejo incrédulo pudo creer que la Matinta no era un ser ilusorio. Y eso solo ocurrió porque en aquel momento pudo comprobar con sus propios ojos que Delgadina era la Matinta Perera y que había sido ella quien llevó a su compadre a la copa del árbol de mango. Entonces, todavía sin querer creer en lo que había visto, se dirigió al enigmático ser y le dijo que a partir de entonces no volvería a dudar de la existencia de los habitantes misteriosos que pueblan el corazón de la selva, fueran ellos visibles o invisibles. Finalizada la confesión, la escuálida mujer tiró por el senderito que daba al Retiro, pero se esfumó a la mitad del camino... A continuación, la pareja de ancianos tomó sus pertenencias y siguió su destino, despacito y andando con la punta de los pies hacia afuera y apoyados en un brillante bastón hecho con ramas de madera noble, el *jatobá*, la misma madera con la que se construían las mejores canoas que rascan el vientre de los arroyos y de los ríos más o menos caudalosos a lo largo y a lo ancho de toda la geografía amazónica.



Aponte a câmera do celular

La vecina centenaria



Con la llegada de las primeras tormentas del verano corrió la voz popular que aseguraba que el pavoroso ffffiitititit, ffffiitititit, ffffiitititit... de las noches pasaría a ser escuchado en plena luz del día, especialmente a las doce en punto del mediodía y a las seis de la tarde (a las seis en punto de la tarde siempre que fuera verano y el sol no se cansara de reinar). Asustados ante semejante noticia, los niños de Apuí, de pronto, se borraron del mapa.

Para sorpresa de los mayores, reinó un silencio nunca antes visto en el corazón de la selva. Junto con los infantes se callaron casi todas las voces del bosque. Apenas se oía el ruido de los volátiles rascándose las liendres: los pajarillos, los gallináceos, las gallinas, los pavos, los pavorreales, los patos, las ocas... y, además, de vez en cuando se oía el barullo de las hormigas desplazándose en su tradicional vaivén o el ñam ñam ñam ñam de los cachorritos de mono recién nacidos colgados de los pechos de las madres. Salvo los gallos del corral, que se dejaron escuchar en la madrugada, los vivientes parecían haber perdido la voz.

Debido a la reclusión forzosa, las gallinas decidieron empollar de la noche a la mañana, aumentando las nidadas como nunca antes se había visto. Después de un par de semanas de extremado sosiego, los pollitos empezaron a romper el cascarón y el silencio del poblado fue invadido por el alegre cacareo de las radiantes madres.

Con el incremento de los nacimientos, aunado a la algarabía estridente de los niños, la alegría volvió a reinar en el lugar. Sin embargo, la reincorporación de las pequeñas criaturas a la calle se dio poco a poco. Las niñas empezaron a asomarse por las grietas de las puertas y ventanas con el fin de asegurarse de que estaban libres de peligro; los niños, de puntillas, salían al exterior de la vivienda como si se hubieran

puesto de acuerdo para actuar de semejante manera; finalmente todos se echaban a corretear como un pollito más entre los pollitos recién nacidos en verdaderos bandos. Solo así estaban seguros de contribuir a espantar a los malvados gavilanes que cada dos por tres devoraban las nidadas, además de impedir la intrusión de los espíritus de la selva a plena luz del día. Para la felicidad del poblado, la multiplicación de las nidadas fue un regalo de los cielos que se reflejó en aquellos rostros sonrientes.

A medida que el tiempo corría, niños y mayores cantaban de júbilo viendo aumentar sus posesiones, especialmente debido a las cantidades casi infinitas de huevos blancos, azules, marrones, cafés, castaños... Pero un día, los habitantes de Apuí se llevaron un susto tan grande como el día que recibieron la noticia del acercamiento del fff-fiiiiitttttt, fffffiiiiitttttt, fffffiiiiitttttt... de la noche. Sin embargo, esa vez fue el lamento descomunal de un pollito ciego que se perdió en la maleza y no pudo regresar a casa.

Como fue rescatado por una niñita de tan solo siete años, al pollito ciego le dio por prescindir de los suyos porque quería convertirse en humano. La pequeña lo tomó como a un hermano: le daba las tres comidas diarias (el desayuno, el almuerzo y la cena), lo sacaba de paseo y le hizo, inclusive, una cama especial hecha con paja de palmera de *asaí* porque era más tierna que la de *burití*, aunque este fuera considerado el árbol de la vida. Creía que así le podía devolver la visión.

Pasado el susto ocasionado por los ruidos que hizo el pollito cuando se perdió, la vida siguió su destino en Apuí. Día tras día la niña y el ave parecían más felices que todos los habitantes del poblado. De repente, los vientos del poniente se presentaron revoltosos y la noche

se adelantó. Los candiles se mantenían encendidos pero no fue suficiente para iluminar su casita de barro apisonado. Mientras el aire invadía el techo elaborado con hojas de palmeras de *burití*, la pequeña se agarró más y más a su mascota invocando a todas las divinidades para que los librara del mal. Para su tranquilidad, una brisa fresca sopló lentamente y permitió que la pequeña ave disfrutara de su rica última cena junto a la niña. Cuando todo parecía felicidad, a los oídos de la niña le llegó el pavoroso ffffiititttt, ffffiititttt, ffffiititttt... de antaño. Sin saber muy bien qué hacer volvió a agarrar al pollito, pero el misterioso ser volvió a emitir su estridente ffffiititttt, ffffiititttt, ffffiititttt... Confundida, la pequeña se asomó a la ventana y aunque no vio nada dijo con la voz firme: “ven a buscar a este pollito ciego”. Al escuchar eso, el padre de familia regañó a la hija y le dijo que no debía prometerle nada a nadie, mucho menos a los habitantes invisibles del bosque. A continuación le advirtió que, en caso de que se presentara alguien reclamando al pollito, ella no se lo podía negar. Convencida de que nadie le quitaría a su mascota, la niña acomodó al ave en el nido y se dirigió a su alcoba, cabizbaja y triste.

Al amanecer, y como todos los días, el *capitán del bosque* emitió su alegre canto mañanero y los relojes marcaron las cinco en punto de la mañana. El sol, casi dormido, empezó a estirar los brazos, las piernas, giró el cuello y echó una sonrisilla haciendo brillar el horizonte. Tras la bienvenida del astro rey, niños y mayores se fueron despertando. Poco a poco se oyó la algarabía de las gallinas desde los corrales vecinos. Ya totalmente despierta, la niña pegó un salto, se frotó los ojos, se recogió el pelo y se bajó de la cama. Afuera ya estaba su padre alimentando a los volátiles con un recipiente rebosante de un maíz amarillo y brillante. Muy contenta, la niña se acercó al recipiente, cogió un par

de puñados de granos y los echó por los aires. Quería ver caer la lluvia de maíz. Lo hizo una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete veces seguidas. Al festín de la alimentación de los volátiles se acercaron todos los bandos del poblado, hasta el pollito ciego ese día se animó a la fiesta.

Después de alimentar a las aves, la niña vio acercarse al corral a la vieja de la choza, la vecina centenaria que se dejaba ver paseando por el pueblo durante las noches de luna llena. Llevaba un trapo en el hombro y tenía las manos en las caderas, como quien acecha algo. Al ver semejante imagen, el padre de familia se acercó a preguntarle qué quería. Sin vacilar, la centenaria le dijo que había ido a recoger al pollito que la niña le había prometido la noche anterior. Sin creer en lo que estaba pasando, la pequeña le dijo que el pollito ciego no se lo daba a nadie, pero la vieja insistió tanto que el padre de familia acabó convenciendo a la hija de que se lo entregara. Nadando en un río de lágrimas, la niña estiró la mano.

Con el ave bajo el brazo, la vecina cogió por la derecha, giró a la izquierda y desapareció por el caminito de tierra que cortaba el bosque cerrado. Cuenta la leyenda que nadie nunca supo su paradero.



Aponte a cámara do celular

Curupira

El Curupira o la Curupira es uno de los personajes más emblemáticos de la literatura oral amazónica. Es un ser dual, ya que en ocasiones asume el rol de padre y en otras el de madre. Debido a este carácter ambivalente, al lector no debe extrañarle que en algunas ocasiones se refiera al Curupira en masculino o a la Curupira en femenino.

Curupira es una criatura sobrenatural que se desplaza a lo largo y a lo ancho de los bosques frondosos para protegerlos de la destrucción humana: asume el papel de protector y de guardián de la selva. Tiene la capacidad de castigar a los que abusan de la bondad de la fauna y de la flora. Su poder de hipnotizar a las personas hace que sea una de las criaturas más temibles de la selva.

Las primeras noticias sobre Curupira están datadas del año de 1560 y fueron escritas por José de Anchieta, en *Cartas de São Vicente*, quien, de manera equivocada, asimiló este espíritu de los bosques con un demonio. Pero, al contrario de lo que interpretó el colonizador europeo, para los pueblos amazónicos Curupira es un pequeño dios de la selva: la madre o el padre de la jungla (*mãe do mato o pai do mato*).

El nombre Curupira es una palabra compuesta que resulta de la contracción de los sustantivos *kurumí*⁶ y *pira*⁷, originarios de la lengua tupí, que significan *niño y piel o cáscara blanda*, respectivamente. En la óptica tupí, el protector de los bosques se enfrenta con las personas que cazan por placer mientras que justifica la acción de los que lo hacen para alimentarse. La manera más común de atacar a los abusivos

⁶ Ribeiro de Carvalho, Moacir, *Dicionário Tupi (antigo) Português*, Salvador-Bahia, 1987, p.155.

⁷ Ribeiro de Carvalho, Moacir, *Dicionário Tupi (antigo) Português*, Salvador-Bahia, 1987, p.243.

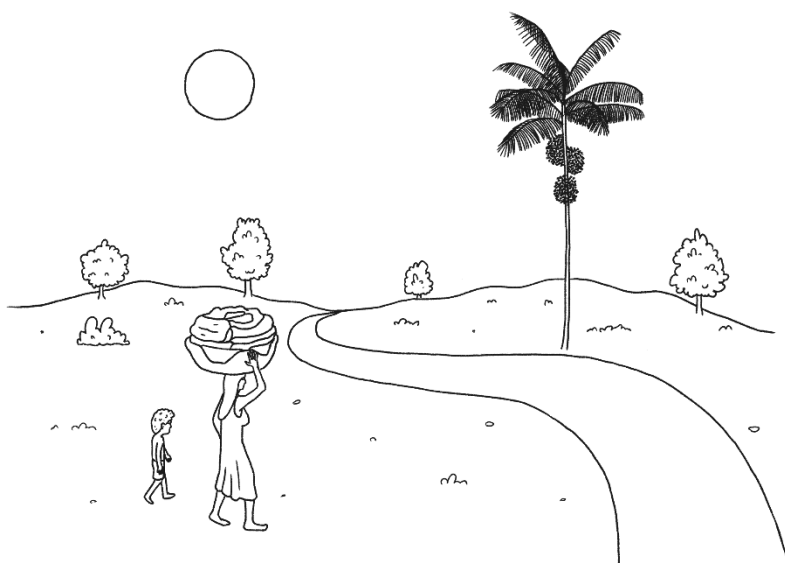
es aturdirlos para confundirlos y desorientarlos hasta que se pierden en el bosque.

En Apuí, como en todo el estado de Pará en general, este ser sobrenatural suele ir acompañado de animales de todos los tamaños y especies. Además, tiene la capacidad de imitar la forma humana con la finalidad de atraer a los malechores que, en el caso de caer en sus garras, reciben un castigo ejemplar. Cuando por fin la desgraciada presa humana es liberada, nunca jamás es capaz de olvidarse de la pena impuesta por él. Por eso, en el intento de agradarlo, los *caboclos* amazónicos suelen ofrecerle también tabaco y aguardiente, entre otras provisiones, igual que lo hacen con la Matinta Perera.

Para los habitantes de Apuí, Curupira es un ser que vive en los bosques densos, en lo más profundo de la selva. Es un niño, casi un joven, que tiene los pies invertidos, con los talones al frente, que lleva el cabello como de fuego, rojizo y alborotado.



El niño prodigio



Cierto día, tras un mes completo de haber empezado las primeras lluvias torrenciales del verano, las mujeres de Apuí se reunieron para ir a lavar la ropa y los bártulos al Manxica, el arroyo más cercano en los alrededores del poblado. Aprovecharon el regreso de la luz del sol y partieron a primera hora de la mañana.

El Manxica era el lugar más concurrido de la zona debido a su gran extensión de aguas cristalinas y también por concentrar una inusitada alfombra de piedras blancas pulidas en su orilla. Las piedras que lo bordeaban servían de pódium para muchos seres de la selva, visibles e invisibles. Entre toda esta exuberante naturaleza, lo que más sorprendía y a la vez asustaba a los ribereños eran tanto la temible Matinta Perera como la Curupira. Ambos protagonizaban las principales conversaciones de los ribereños.

Como se acostumbraba en los días soleados, el amanecer en Apuí era como un día de fiesta: los hombres silbaban, las mujeres tarareaban, los niños gritaban, las gallinas cacareaban y el olor del café recién hecho invadía los cuatro rincones del poblado.

Antes de que el sol avanzara en el horizonte, las madres concluyeron los quehaceres domésticos y Apuí se vistió de silencio. Callado el ruido del trajín mañanero, se pudo escuchar la orquesta sinfónica de innumerables pájaros que cantaban armoniosamente guiados por su maestro: el *cricrió*, el más venerado volátil de la geografía del lugar. Además de los entrañables sonidos de la sinfonía, era posible escuchar las caricias de la brisa fresca que zarandeaba las copas de los árboles al tiempo que chocaba contra las hojas de las palmeras de *asaí*, de *burití*, de *babasú* y de *bacaba*, las más abundantes en la zona.

Al son de la música de la naturaleza las mujeres tomaron sus enormes barreños y canastas, se los llevaron a la cabeza previamente amoriguados con un rodete hecho de trapos viejos (al que en portugués se le llama *rodilha*) y se pusieron a caminar. Se desplazaron agarrando las manos de sus hijos, esas pequeñas criaturas variopintas, de edades, tamaños, formas y colores tan variados como el paisaje del lugar: gordos, delgados, altos, bajos, traviesos, risueños, llorones, quejumbrosos, sonrientes, ensimismados... cuyo tono de piel ligeramente diferente los unos de los otros era resultado del visible mestizaje, característico de los pueblos de la selva.

Durante la marcha hacia el arroyo se pudo ver un gran número de mujeres venidas de todas partes: niñas, jóvenes, mayores; solteras, casadas, viudas, separadas, prometidas; embarazadas, recién paridas que llevaban a los críos en canguros de tela multicolor; pero la presencia más abundante era la de las madres de niños de pecho algo más mayores, las cuales transportaban a sus frutos sentados en la cadera, en el lado derecho o izquierdo, según si eran zurdas o diestras, tal como lo acostumbran las mujeres de la selva.

Hasta que dieron casi las nueve de la mañana, Apuí siguió plagado de lavanderas que, como hormigas laboriosas, se desplazaban en fila, lentamente. Como malabaristas, algunas equilibraban grandes bultos en la cabeza apoyados por el aire, sin dejarlos caer al suelo; otras se movían con las manos ocupadas, agarrando a los hijos para que no se perdieran por el camino o hicieran alguna travesura. Y juntas seguían su destino sin mirar atrás.

De todas las mujeres reunidas, la que más llamaba la atención de la gente era la comadrona del poblado: una *cabocla* ya entrada en años, casada en segundas nupcias y a la que constantemente veían en

estado de buena esperanza. La matrona iba acompañada de su hijo pequeño, un muchacho de ojos vivarachos y mirada fija que se conocía cada uno de los rincones de los alrededores del Manxica. A su temprana edad, el niño prodigio era capaz de cruzar el arroyo a nado en menos de lo que canta un gallo y a una velocidad tan sorprendente que parecía un pececito. Era listo por naturaleza, dueño de una voz a la vez tan estridente y cautivadora que siempre que pronunciaba algo los mayores se quedaban boquiabiertos, embriagados por la diáfana melodía angelical. Por si fuera poco, era capaz de imitar el canto de los pájaros que consideraba que reinaban en la selva, como el *uirapurú* o el *cricrió*, y le encantaba escuchar las historias que contaba su padre sobre los pescadores, especialmente durante las noches de luna llena, cuando el padre podía desvelar los secretos de la selva.

Como ningún otro de su edad, el niño prodigio siempre acompañaba a los padres en sus faenas diarias. Era intuitivo y sabía interpretar cada una de las voces y de las señales de la naturaleza de invierno a verano: conocía las nubes de agua limpia y fecundante, las diferenciaba de las de tempestad y de las de brisa fresca, las de las olas de calor húmedo y las de calor seco, las de los bochornos y las de las borrascas, las de granizo que caían abruptamente o las apuradas que nunca se cansaban de pasar a gran velocidad dejando aturcidos a los agricultores que vivían mirando al cielo antes de tomar cualquier decisión sobre la labranza de la tierra.

El niño adivino siempre andaba a caballo entre los arroyos y los lagos pero nunca se atrevía a ir a los embalses porque les tenía mucho respeto, ya que pensaba que de forma artificial cortaban el curso de las aguas y, con ello, le quitaban libertad al líquido milagroso apresándolo

en una “cuenca maldita”, como la llamaba él. No le hacía gracia tampoco que los depósitos artificiales de agua impidieran el paso tradicional de las canoas que surcaban las aguas transportando a los habitantes del lugar y a los alimentos obtenidos de los confines de la selva. Por ello siempre dejaba claro que no confiaba mucho en ciertos ingenios de los mayores, salvo en los de sus padres, de quienes se fiaba a pies juntillas.

La familia se había levantado al mismo tiempo que todos los habitantes de Apuí. Después de preparar el café, la madre se acordó de que tenía que sacrificar a una gallina campera para el almuerzo del padre de familia, puesto que se iría al campo con los hijos mayores y estarían todo el día en la parcela de cultivo de granos (maíz, arroz, frijoles y otros cereales). Antes de ir a lavar al Manxica concluyó la faena doméstica y ordenó al benjamín de la familia que se acercara al otro lado del poblado, donde vivía la comadre verdulera para avisarle sobre la hora de ir al arroyo. Le dijo que tomara el caminito de tierra que atajaba por la vieja *jacaranda* o por la ruta del castaño para evitar pasar bajo el frondoso *jatobá*, donde solían pasar cosas que nadie sabía explicar: tierra que caía de las ramas, tirones de orejas, ataduras de pelo, escupitajos en los pies, tropezones y caídas, dolores de vientre, olas de calor, escalofríos, mareos e inclusive diarreas.

Aunque los espíritus del bosque imponían especial respeto a los habitantes de ese rincón del planeta, la Curupira traía a las madres sin cuidado, especialmente a las más jóvenes, porque creían que los niños pequeños estarían a salvo de sus garras, ya que, por ser la protectora de los bosques, vigilaba con mayor atención a los cazadores furtivos.

Después de recibir el encargo de su madre, el niño, sin vacilar, salió “volando” motivado por la ilusión de pasar el día con sus primos y de

hacer la tradicional competición de nado al estilo del *delfín rosado*, el popular *boto*, mientras sus madres lavaban los trastos en el Manxica. El niño hizo el recado y regresó a casa en menos de lo que canta un gallo.

A la hora acordada las comadres se reunieron y partieron rumbo al arroyo. Durante el camino las madres advirtieron a los críos que allí no estaba permitido trepar a los árboles, ni embreñarse en los bosques en busca de frutas porque eso era cosa de adultos. Sin decir palabra los niños asentían con la cabeza y seguían su camino. De cuando en cuando se despegaban de las manos o de las faldas de sus alegres madres, se caían, se levantaban y echaban una carrerrilla para volverlas a alcanzar.

El Manxica cortaba un bosque denso y frondoso, iluminado por tímidos rayos de sol que se colaban entre las grietas de las alturas, donde pájaros multicolores nunca se cansaban de reinar. Allí no había lugar para la tristeza porque la alegría era la ley de vida. Las prisas tampoco existían, salvo cuando alguna mujer rompía aguas, es decir, cuando comenzaba el trabajo de parto. Pero ese día algo pasó que asustó a todas las presentes: la comadrona llegó al Manxica y en un santiamén lavó todo lo que llevaba. Sin el esmero que la caracterizaba se apuró y regresó a casa antes del mediodía, dejando en el aire un gran cuchicheo entre las demás lavanderas. Tantas fueron las prisas que le entraron que ni siquiera quiso esperar a su hijo pequeño que jugaba con sus primos cerca del arroyo: lo dejó bajo los cuidados de una comadre de confianza y se fue.

De regreso su casa, la mujer tendió la ropa rápidamente, colocó los utensilios en la cocina y comenzó a caminar hacia la parcela donde trabajaban su marido y sus hijos mayores, una pareja de gemelos. Al

pasar bajo las sombras del frondoso *jatobá* una voz le dijo que diera marcha atrás y que regresara al Manxica. Sin pensarlo dos veces la madre hizo el camino de vuelta. Arrepentida por haber dejado a su hijo bajo los cuidados de la comadre, se puso a llamarlo desesperadamente. Pero, por desgracia, por mucho que se esforzaba no le salía la voz. Llegando al Manxica buscó al niño por todas partes pero nadie sabía su paradero. Bañada en lágrimas, la comadrona se embreñó selva adentro, en busca de la criatura. Tras un par de horas caminando por los senderitos de tierra llegó a un pequeño lago, tranquilo y diáfano. Allí se lavó la cara, se puso en cuclillas para recobrar fuerzas y poder seguir.

Al ver a la madre desesperada, el *capitán del bosque* ordenó que se callaran todos los vivientes de la geografía. Gracias al sorprendente silencio la mujer pudo escuchar los latidos del corazón de su pequeño hijo, el cual palpitaba a toda velocidad. La certeza de encontrarlo vivo la motivó a seguir caminando selva adentro. A medida que se desplazaba sentía que el latido del corazón de su hijo se disparaba, sin embargo el sonido poco a poco fue perdiendo fuerza y después de un rato apenas escuchaba un lento y triste tum, tum, tum, tum...: el corazóncito afligido apenas se dejaba escuchar. De inmediato, a la desolada madre se le ocurrió imitar al pájaro *urú*, que era uno de los pájaros favoritos de su hijo. Para la tranquilidad de la comadrona, cuando emitió la primera nota del canto del *urú* sintió que los latidos del corazón del pequeño incrementaron. Enseguida, y algo más tranquila, escuchó el melódico tum, tum, tum, tum... que, a diferencia del susurro anterior, mantenía un ritmo constante y sonante. Luego escuchó una vocecita ronca que dijo: “¿Mamá?”. A continuación el niño se puso a imitar al *urú*.

Algo aturdida, la madre preguntó a su hijo dónde estaba. Él le dijo que al otro lado del bosque, al pie de una enorme *sumaúma*, metido entre el acordeón formado por las *sapopemas*. Sin saber lo que le podía haber pasado, la comadrona fue al encuentro de su hijo. Allí estaba la criatura, de cuclillas entre el abanico formado por el tronco del árbol *sumaúma*. Traía la piel llena de ampollas, los ojos rojizos, el pelo alborotado y apenas se podía poner de pie. Tampoco sabía cómo o por qué había llegado hasta allí. Solo se acordaba de que había desbaratado todos los nidos que encontró a su alcance a lo largo y a lo ancho del bosque. Con eso, la madre concluyó que aquello era obra de la implacable Curupira y que había sido su castigo por haber destruido los nidos.

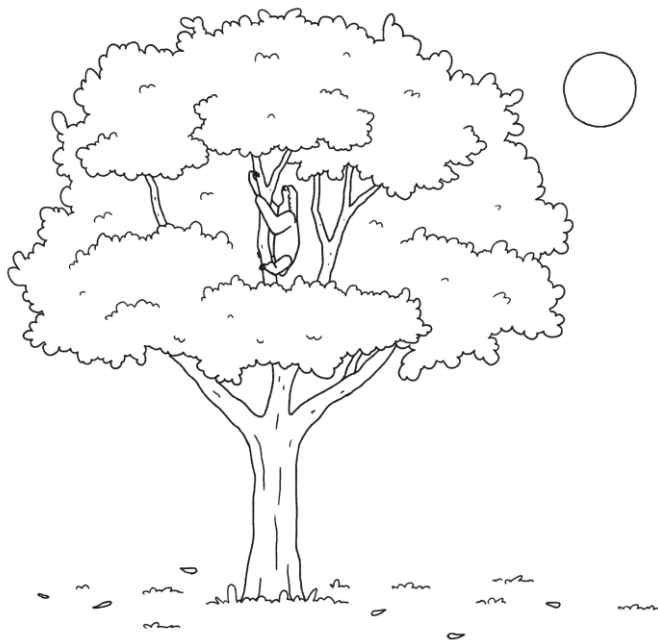
De vuelta a casa, el niño no se acordaba de lo que le había pasado. Se quedó dormido un par de días con sus noches. Pero antes de quedarse dormido dijo que lo había llamado su padre para ir a la parcela. Y agregó que, tras cruzar el arroyo, se le clavó una espina en el pie y se detuvo a descansar un rato. Tras esta confesión, el muchacho dejó de hablar y siguió imitando al *urú*: uruuuuuú, uruuuuuuú, uruuuuuuú... También dijo que la noche anterior había ido a pescar *sarapó* con su padre pero no entendía por qué no habían atrapado a ningún pez, como de costumbre.

Al enterarse de lo ocurrido, los abuelos convocaron a todos los habitantes del poblado. La junta tuvo lugar un viernes por la tarde después de la puesta del sol y bajo el frondoso *jatobá*. Allí se escucharon relatos e historias muy variadas, especialmente sobre la Curupira. Todo ello para subrayar que los tiempos habían cambiado y que, más que nunca, la protectora de los bosques estaba dispuesta a defender la

selva, la cual, lamentablemente, estaba cada vez más condenada a desaparecer. Y fue así que, al igual que los demás espíritus del bosque, la Curupira pasó a protagonizar las conversaciones de las lavanderas del Manxica. A partir de entonces, todas las madres de Apuí concluyeron que la madre de la jungla, protectora de la selva, no tenía preferencia solamente por los adultos, cazadores furtivos o usureros sino por todos los que se atrevieran alterar el orden natural de la vida en el planeta.



El viejo centenario



En las entrañas de la selva había un poblado tan escondido que casi nadie sabía de su existencia. Apenas se oía hablar de él. Las casitas de barro, construidas en la orilla de un misterioso arroyo de aguas azules y cristalinas, eran tan antiguas que se fundían y confundían con el propio bosque que las abrigaba. En los techos verdes anidaban hongos de colores y desde lejos se divisaba una de las más sorprendentes imágenes del universo.

La belleza embriagante del poblado atraía nubes infinitas de alegres mariposas que se disputaban los cielos con bandadas de pájaros de diferentes plumas y cantos. En aquellos confines del mundo no había prisa ni pausa porque tampoco se necesitaba mucho para vivir. Sus habitantes conocían los secretos de la selva y la cuidaban como a sus hijos, porque de ella sacaban el sustento y disfrutaban de sus bondades, al tiempo que la compartían con los misteriosos seres que la protegen. Pero un día, el último superviviente de la peste del catarro que asoló a casi todos los mayores de la región dio a entender que dejaba de creer en los seres misteriosos que protagonizaban las principales conversaciones del poblado porque a sus cien veranos nunca se había topado con nada raro.

El viejo centenario, padre de una legión de hijos compuesta por cinco varones y tres mujeres, repartía las labores del campo acorde con la edad de cada hijo y según el sexo: los muchachos labraban, sembraban, cultivaban y recogían la *yuca*, mientras que las jovencitas la pelaban, la molían, la prensaban y la procesaban. Finalmente, entre todos preparaban la harina. A las mujeres se les asignaba el cuidado de la casa y de los hijos, especialmente durante la temporada de la molienda de harina en los llamados *retiros*, pequeñas fábricas artesanales

comunitarias. La esposa del centenario, la vieja sabia, una *cabocla* radiante y guerrera, se encargaba de poner orden en el *retiro* porque era la única que tenía el poder de controlar los días y las noches, las lluvias y los soles, las aguas de los ríos y los vientos que soplaban de madrugada.

La vieja sabia tenía buena mano para elaborar bellas canastas y muchos utensilios de su propia invención: escobas capaces de ahuyentar arañas y mosquitos, comales que cocinaban ellos mismos las *tapioquiñas* y hasta canoas que se desplazaban sin remo. Gracias a ella se perpetuaba la tradición de elaborar cribas de liana que, según el uso que se les daba, se convertían misteriosamente en un recipiente o en otro.

El viejo centenario, su marido, tenía mucho carácter. Sin motivo aparente siempre estaba enfadado. Nada ni nadie era capaz de cambiarle la cara salvo cuando iba a cazar y regresaba con abundantes presas o cuando iba a pescar y traía la canoa rebosante de peces. Cuando alguien le gastaba una broma de mal gusto le salían todos los jaguares que llevaba dentro. Trabajaba de sol a sol y nunca se cansaba de vigilar la selva para evitar la invasión de fuerzas extrañas que, en forma de pájaros de hierro, rasgaban el cielo de los bosques en un insistente intento de posarse. Con la finalidad de ahuyentarlos, de cuando en cuando cogía la bandolera de esparto, la llenaba de chuzos de punta envenenados y se metía selva adentro para espantarlos.

Los fines de semana, como de costumbre, el *caboclo* centenario se reunía con un par de sus hijos mayores y con otro par de amigos y juntos salían a cazar. Como ya estaba entrado en años y se empezaron a multiplicar las bocas que alimentar en la aldea, se le ocurrió saltarse las normas de la selva. Para la sorpresa de sus allegados, alegó que le

estaban menguando las fuerzas pero que no se iba a retirar de la caza. Además, necesitaba enseñarles los principales trucos del oficio, un legado que había heredado de sus antepasados.

Alegres con la noticia, los cazadores se miraron entre sí, se tomaron de las manos y se pusieron a tararear, bailando en círculo, como en una fiesta. Sin embargo, el más pequeño del grupo les advirtió que era bueno ir con cuidado para no abusar de la bondad de la protectora de la selva.

Era sábado por la tarde y el sol se preparaba para reposar. De pronto, los pinceles de la naturaleza se encargaron de dibujar un perfecto retrato del universo. Poco a poco la noche se fue acercando y el cielo se puso de fiesta, invadido por la visita inesperada de estrellas fugaces que no se cansaban de bailar. Seguros del éxito de la cacería, los varones tomaron sus pertenencias y partieron. Como mandaba la tradición, solamente deberían cazar lo suficiente para alimentarse durante una semana completa.

Acompañados por el incipiente brillo de la luna, los cazadores se embreñaron en la selva caminando a pasos muy muy cortos. Mientras tanto, disfrutaban del maravilloso paisaje del lugar que nunca se cansaban de apreciar. Avanzada la noche, la luminosidad se intensificó en el corazón de aquel bosque que parecía infinito. De pronto, aparecieron en el horizonte puntitos de luz nunca antes vistos. Pero el viejo centenario los tranquilizó a todos aclarando que eran los ojos de los búhos, molestos por su presencia. Atentos a la señal emitida por las aves, los más jóvenes guardaron silencio. Sin embargo, indiferente a lo que estaba sucediendo, el viejo centenario puso en marcha su plan para cazar más de lo debido, tal como lo había decidido. Ordenó que se fueran instalando entre las piezas del acordeón que formaban las

raíces tabulares de las *sumaúmas*, llamadas *sapopemas*, de manera que pudieran mantenerse en posición de combate. En un santiamén los muchachos accionaron las trampas y se pusieron al acecho de las presas.

Pasada la medianoche empezó a brotar un verdadero mar de ruidos emitidos por mamíferos, aves e insectos de las más variadas especies que caían en las trampas. Mientras sus presas agonizaban, los cazadores se divertían calculando la cantidad de animales capturados, al mismo tiempo que hacían cuentas y se repartían las ganancias que iban a obtener con la venta de esa poco honesta cacería. Antes del amanecer llenaron los macutos y se prepararon para regresar a casa, contentos porque aquella cacería había sido la mejor de los doce últimos veranos.

Cuando los cazadores ya estaban a punto de emprender la marcha de regreso al poblado, se les cruzó por delante un gran perezoso, un cuadrúpedo extraordinariamente grande, capaz de alimentar a todos los habitantes del lugar por un largo tiempo. El primero que divisó al animal fue el viejo centenario que, sin pensarlo dos veces, sacó la escopeta, lista para disparar. Pero, de inmediato, el más joven cazador le advirtió que era mejor no hacerlo porque ya tenían presas suficientes. Y agregó que, en el caso de pegarle un tiro certero y hacerse con la presa, tampoco iban a poder cargar con tantos kilos. Igualmente sorprendido con el tamaño exagerado del animal, el cazador más pequeño, que era el más intuitivo de todos, rogó que lo dejaran en paz, subrayando que no era razonable abusar de la bondad de la madre selva. Dicho esto, el viejo centenario lo regañó y le pidió que lo dejara cazar al perezoso porque semejante oportunidad no se les volvería a

presentar. Y agregó, además, que la carne de esta presa era de las más sabrosas y nutritivas que podían comer.

Seguro de que el viejo centenario estaba abusando de la bondad de la Curupira, el joven cazador le advirtió que era mejor tener cuidado con la protectora de la selva, pero el experimentado cazador insistió diciendo que eso era un cuento para niños pequeños. A continuación sujetó el arma firmemente, cerró el ojo derecho para obtener la mejor posición para disparar al blanco y tchummm tchummm... pegó un par de disparos al perezoso, que poco a poco se despegó de las ramas en las que estaba y se fue resbalando lentamente hasta tocar la tierra firme. Jubiloso ante el éxito de sus disparos, el viejo centenario abandonó la escopeta y se echó al pie del *jatobá* del que se cayó el animal. Increíblemente, la presa se esfumó en el aire. Sin creer en lo que había pasado, el cazador se llevó las manos a la cabeza. Aturdido, se puso a buscar al mamífero por todas partes pero no pudo encontrarlo: se trepó por los árboles, se precipitó por un gran agujero que había en el suelo, se metió en todos los huecos que divisó en los troncos, se zambulló por entre las *sapopemas*, rebuscó en los nidos que colgaban de lo alto de los angelines rojos e inclusive se metió en la barriga de un cocodrilo gigante pero tampoco tuvo éxito. Resignado, abandonó el vientre del reptil y nadó contra la corriente. Regresó por sus pertenencias que estaban al otro lado de la orilla del río pero la escopeta también había desaparecido. Enfadado, se dirigió a sus compañeros y les rogó que hicieran el favor de devolverle el arma porque él no estaba para bromas de mal gusto. Los cazadores lo tranquilizaron y se pusieron a buscar el arma desaparecida misteriosamente. Tras largas horas rebuscándola por todas partes concluyeron que aquello era un acontecimiento mágico y que no había manera de solucionar el problema. En

ese momento la luna desapareció en el horizonte dando lugar a la radiante luz del día.

De vuelta a casa, el viejo centenario fue invadido por una profunda tristeza, tanta que fue imposible disimularla. Se le notaba a la legua que algo raro le había pasado. Aunque se dio cuenta de ello, la vieja sabia, su mujer, no quiso decirle nada. Prefirió demostrarle lo feliz que estaba con la abundante cantidad de presas gordas que había traído en el macuto. Pero a medida que el tiempo pasaba, la tristeza del cazador contagiaba a todos sus allegados. La madre de la vieja sabia, que también estaba esperando su parte de la cacería, empezó a sentirse desolada.

Consternada, la vieja sabia le dijo a su marido que eso no podía seguir así, que se diera prisa y que fuera a ver al curandero del pueblo, pero él no quiso hacerle caso. Al día siguiente, el centenario se levantó de madrugada, cogió la azada, un poco de harina, una codorniz asada y se fue a trabajar a la parcela del cultivo de *mandiocas*. A eso de las diez de la mañana se dio cuenta de que no podía avanzar mucho en el trabajo del campo. Notó que se le habían menguado las fuerzas de tal manera que no era capaz de hacer bailar la azada ni un segundo más. Invadido por la debilidad, el anciano dejó tirado su instrumento de trabajo en medio de la parcela, indiferente a si ella también se iba a esfumar o no como la escopeta. Finalmente, atajó por un caminito de tierra y fue al encuentro del curandero: el anciano concluyó que había sido reprendido por la Curupira. Algo avergonzado, el viejo centenario confesó al curandero que no resistió la tentación de la extraordinaria presa que se le cruzó por delante y que pensó que aquella era la oportunidad de tener alimento para una larga temporada, ya que cada vez era más evidente la escasez de animales para cazar en la selva. Para

tranquilizarlo, el curandero le dijo que no se preocupara porque en su poblado había cazadores jóvenes y porque la selva, como buena madre, siempre les proporcionaría el alimento necesario para su sustento. A continuación le ordenó que fuera al lugar de la cacería y se pusiera al pie del *jatobá* en donde habían sucedido los acontecimientos. Allí debía pedirle perdón a la Curupira. Y agregó que, de lo contrario, no encontraría su escopeta y que además ni él ni ninguno de los que llevaran su sangre podrían volver a cazar, ni a pescar, ni a sembrar, ni a cosechar porque ningún animal se dejaría capturar por ellos, ningún pez picaría el cebo de sus anzuelos, ni la tierra fecundaría las semillas que sembraran, ni podrían cosechar granos o frutas en ningún cultivo. Por si fuera poco, le advirtió que también perdería la capacidad de mantener la mirada fija en el blanco por lo que no lograría efectuar ningún disparo certero con una escopeta, con una resortera, con una honda e incluso tampoco podría lanzar una piedra con la mano.

Tras escuchar las ordenanzas y advertencias del curandero, el viejo cazador no lo pensó dos veces y sin decir palabra se encogió de hombros, frunció el ceño, movió la cabeza en señal de afirmación, se acomodó el sombrero y partió al bosque, atajando por un caminito de tierra que daba al Manxica, donde tomó la desviación que lo llevaría al *jatobá* en el que había disparado a aquel perezoso que no debió haber cazado.

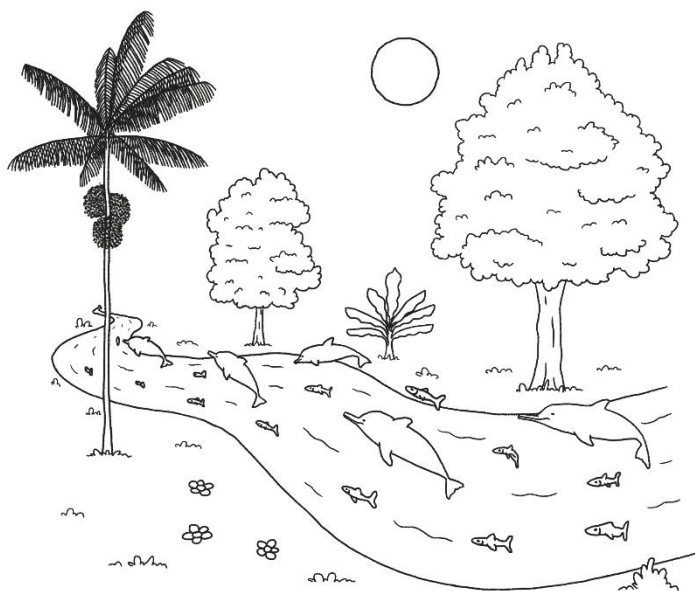
El anciano fue directo al bosque, sin mirar atrás, no desvió la mirada a la derecha ni a la izquierda, no imitó a los pájaros como de costumbre, no tiró de la cola de los monos, no se rio de las tortugas que caminaban despacio, no desbarató las telarañas que encontró por el camino... y cuando llegó al lugar en el que perdió el arma se puso de

rodillas. Lo hizo todo con mucho cuidado y respeto, tal como se lo había indicado el curandero. Al final, bañado en lágrimas de arrepentimiento, miró hacia la copa del *jatobá* y le pidió perdón a la Curupira. A continuación le aseguró que jamás volvería a desobedecer la ley de la selva y que nunca la iba a desafiar ni a dudar de su tremendo poder ni de su misión de proteger los bosques para que existiera un equilibrio en la tierra.

Cuando el viejo cazador pronunció la última palabra, escuchó el ruido de un fuerte viento que se produjo a sus pies y que, en un segundo, hizo bailar a todos los árboles de la selva. Las ráfagas de aire se chocaron contra su cara desolada y triste, como si le avisaran que la Curupira había escuchado sus ruegos. Para su sorpresa, el anciano vio que la escopeta estaba justo donde la había dejado. Con la sonrisa abierta de par en par, el cazador tomó su arma e hizo el camino de vuelta a casa, decidido a no atajar por el frondoso *jatobá* que adornaba la entrada principal del poblado.



El robusto pescador



En las orillas del Manxica, el arroyo más concurrido de la geografía, vivía un hermoso *caboclo* cuya piel era tan brillante y rojiza que parecía una *pupuña*. Debido a la extraordinaria belleza de su tez y a su prominente robustez, los habitantes de Apuí lo apodaron Chontaduro, nombre con el que los países hispanohablantes vecinos llaman a esa fruta, por tener la piel reluciente como el popular fruto del vigor, uno de los más apreciados por los ribereños debido a ser muy nutritivo y a aportar mayor energía y vitalidad que otras delicias de la selva.

Como a los demás habitantes del poblado, a Chontaduro le encantaba pescar. Sin embargo, tenía preferencia por hacerlo las noches de luna llena porque estaba convencido de que los peces se dejaban capturar más fácilmente bajo los rayos de la noche. Así que durante las noches de luna llena el joven pescador se ponía a faenar como si no hubiera un mañana.

Pese a su poca edad, Chontaduro se conocía las entrañas de los bosques como la palma de su mano: sabía cuánto medía cada árbol de alto y de diámetro, conocía la profundidad de todos los ríos y de los arroyos, calculaba cuánto pesaban todos peces que capturaba, adivinaba si los panales de abeja estaban llenos de miel o si solo tenían cera, acertaba si una hembra estaba preñada o si un macho era estéril y nunca temía a los misterios de la noche. Orgulloso de su vigor, se embreñaba bosque adentro, indiferente a si era día o noche, invierno o verano, si hacía frío o calor, si el tiempo estaba soleado o lluvioso, si el cielo estaba nublado o despejado, si la noche era cerrada o la iluminaba una brillante luna. Chontaduro decía a los cuatro vientos que era capaz de caminar por la selva con los ojos cerrados y sin perderse. Pero un día, y para su sorpresa, algo pasó que nunca logró entender.

Era marzo, ya habían pasado los cuatro meses de la veda de pesca, periodo en el que los ribereños se toman un descanso por respeto a la reproducción de las especies. Al atardecer de un reluciente viernes, guiado por los primeros rayos de la luna, el ribereño atajó por el caminito de tierra que daba a la orilla del Manxica, donde reposaba su canoa, y partió hacia el río que quedaba al otro lado del horizonte. Remo en mano, Chontaduro cortó el corazón de las aguas en un santiamén. En menos de lo que canta un gallo llegó al lugar en el que había planeado pescar. Consigo llevaba la pequeña atarraya que heredó de su fallecido abuelo, un anzuelo hecho con caña de bambú y una canasta de mimbre para guardar el pescado. Allí estuvo nada más un par de horas, tiempo suficiente para llenar el recipiente que había llevado.

Perdido entre tantos peces (grandes, pequeños, medianos; con escamas y sin ellas; de un solo color o multicolores), Chontaduro, a pesar de haber pescado lo suficiente, se hizo de la vista gorda con respecto a las leyes de la selva y siguió pescando. Como el cesto era pequeño se le ocurrió colgar los peces que ya no cabían de un palo para facilitar el transporte. Finalizada la faena, el radiante pescador hizo el camino de vuelta a bordo de su canoa. Cuando llegó a los márgenes del Manxica, la dejó anclada en su sitio, como de costumbre, y se bañó, pues necesitaba llegar limpio a casa. Mientras se refrescaba en las diáfnas aguas del arroyo, el *caboclo* pescador tarareaba una canción como un niño pequeño, nadando como un verdadero pececito bañado por la luz de la luna. Ya de vuelta, atajó por el caminito de tierra que daba a su vivienda con tal de desviarse del misterioso *jatobá* de la entrada del poblado. De pronto, se vio dentro de un gran cultivo de granadas, cuyos frutos exhalaban un extraordinario olor, un aroma nunca antes sentido. Aunque estaba acostumbrado a hacer el mismo recorrido

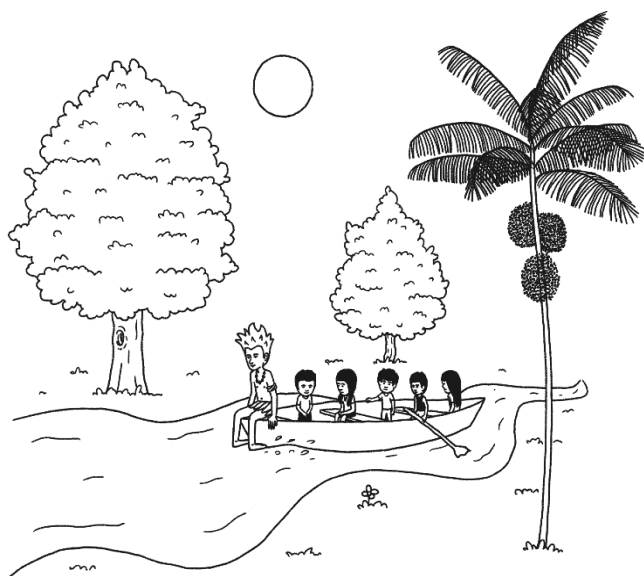
desde que era un niño, el vigoroso joven no sabía dónde estaba porque no había ningún cultivo de granada por aquella geografía.

Desorientado en la inmensidad del espacio y del tiempo, Chontaduro recobró fuerzas y miró hacia adelante mientras la noche seguía su destino. El jovenzuelo sabía que no estaba lejos de casa. No obstante, no pudo salir de su confusión. Algo desesperado miró hacia todos lados, a los cuatro puntos cardinales anhelando encontrar las direcciones que permiten a un ser vivo orientarse: Norte, Sur, Este y Oeste.

Tras dar vueltas como una peonza, también llamado trompo, el pescador respiró hondo, intentó recobrar fuerzas y se echó a caminar pero fue en vano. Sin poder salir del lugar, Chontaduro acabó quedándose dormido, agarrado a la canasta y al palo donde transportaba sus pescados. Al amanecer se dio cuenta de que estaba a pocos metros de su casa, específicamente se encontraba bajo el frondoso *jatobá*. Para su sorpresa, el cultivo de granadas había desaparecido y tampoco había ningún pescado dentro de su cesto. Fue en ese momento cuando el robusto pescador se dio cuenta de que todo aquello había sido por acción del Curupira y se arrepintió por haber roto el equilibrio de la naturaleza. Avergonzado, se prometió a sí mismo nunca más saltarse las normas de la selva.



La joven pachanguera



Poco tiempo después de la caída de las últimas gotas de lluvia que anunciaban el fin del invierno, los jóvenes de Apuí se reunieron y se pusieron a elaborar un plan para celebrar la llegada del próximo Festival del *Asaí*. Este festival se celebraba cada año en Panela, uno de los poblados más aislados de la región. Los jóvenes en edad casadera aprovechaban el festival para emparejarse con la intención de casarse el próximo verano, como mandaba la tradición del lugar, y lo hacían mediante una competición que llamaban “el campeonato de las aguas”.

Para acudir a Panela los muchachos se desplazaban por las aguas y por los cielos. Con la llegada del verano el senderito de tierra que llevaba a ese destino imponía mucho respeto porque durante los primeros días del estío la noche se ponía tan negra como el pájaro paraguero corbatado.

Con la ausencia de la luz, el bosque se hacía más denso y frondoso, lo cual impedía el paso a los humanos y dejaba lugar para que las aves, reptiles e insectos reinaran bajo la tregua de las lluvias. Solo así podían disfrutar de su hábitat sin que nadie los molestara. Alegres por el regreso de las libertades, los animales se disputaban cada uno de los rincones vacíos de la selva. Con gran alboroto las hormigas construyeron grandes agujeros; los pájaros elaboraron nidos gigantescos; los lagartos se estiraron tanto que les quitaron el paso a los demás seres vivientes; las culebras se enroscaron en los troncos de los árboles; mientras los monos, que eran los más juguetones, decidieron pasearse sobre el lomo de los jaguares. Las tortugas y los perezosos, en su vulgar tranquilidad, lo apreciaban todo sin apenas moverse de su lugar. Estos últimos eran los únicos animales a los que les daba igual si llovía o paraba de llover.

Minutos antes de partir, los muchachos más fuertes se repartieron entre sí los remos de las canoas y se encargaron del transporte de los demás por el cauce del Manxica. Los más ligeros y ágiles se ocuparon de ordenar el paso de los que preferían atajar por las copas de los árboles, caminando sobre los brazos de las prominentes lianas verdes que unían la geografía de una punta a otra. Habría también quien se desplazaría a nado. Pero esto último solo ocurría de cuando en cuando, en el caso de que dos muchachos estuvieran enamorados de la misma chica. Siempre que eso ocurría, y para evitar que se produjera cualquier tipo de reyerta, se seguía la tradición del lugar que consistía en hacer la travesía nadando y el que ganara la competición era el que se podía casar con la chica, en caso de que ella aceptara.

Esta vez dos jóvenes se disputarían a una hermosa muchacha que llegó a Apuí a bordo de una vieja canoa de *jatobá* en busca de un guerrero con el que contraería matrimonio. Llegó de madrugada guiada por los radiantes rayos de la luna llena y las estrellas que, previamente, dibujaron en el nombre del enamorado ganador en el cielo de la negra noche.

Reunida bajo el frondoso *jatobá* de la entrada del poblado, la muchedumbre juvenil cantaba y bailaba como si no hubiera un mañana. Mientras se organizaban para emprender el viaje, la muchacha pretendida observaba todo desde la distancia, sentada en una rama, moviendo las piernas hacia adelante y hacia atrás, como quien ensayaba los pasos de un baile. Indiferente, jugueteaba con su enorme melena negra y brillante que se deslizaba por su dorada piel. Estaba tan radiante que parecía la *Iara*, la popular madre de las aguas. Además, algún poder sobrenatural debía de tener, puesto que ya conocía al ganador de la competición, pero esto nada ni nadie lo intuía.

La noticia de que el Festival del *Asaí* estaría acompañado por un campeonato de las aguas vino junto a una gran sorpresa: de repente se hizo de noche y la oscuridad cubrió el cielo con un manto negro, denso y bochornoso. Como nunca antes había pasado, la luna y las estrellas no se atrevieron a asomarse y dejaron todo el protagonismo a las pocas luciérnagas que se resistían a extinguirse debido a los inexplicables cambios de la naturaleza.

La pretendida era una muchacha inteligente y trabajadora. Le gustaba salir a pescar o a cazar con sus amigos y era la mejor nadadora del poblado. Durante la recolección del *asaí* ningún varón le ganaba, fuera joven o viejo, principiante o experimentado, porque nadie era capaz de confeccionar una *pecoña* tan perfecta como las que ella elaboraba y eso le daba agilidad, comodidad, seguridad y velocidad para poder ganar a todos.

Hechas con hojas de las propias palmeras de *asaí*, las *pecoñas* utilizadas por la jaranera eran motivo incluso de envidia entre los recolectores del oro negro. Además de ello, la muchacha era la única *cabocla* que tenía habilidad para subirse a las palmeras de *asaí* con los ojos cerrados y, en pocos segundos, bajar con cuatro y hasta cinco racimos del preciado fruto. Pero su vida distaba de estar entregada únicamente al trabajo: también reservaba tiempo para la diversión porque creía que era importante trabajar para vivir pero no vivir para trabajar. Aunque lo pasara bien pescando, cazando, sembrando y cosechando, la hermosa *cabocla* tenía preferencia por la natación, además de mucha debilidad por el baile. Su afición por las fiestas, también conocidas como parrandas o pachangas, se le notaba a la legua. Debido a ello, nada ni nadie era capaz de impedir su presencia en el Festival del *Asaí*

que se celebraba en Panela, porque este era el único rincón del universo donde había música en vivo día y noche durante doce soles.

Como la *Iara*, la popular madre de las aguas amazónicas, la *cabocla* pachanguera encantaba a todos los muchachos del poblado que ya estaban en edad de contraer matrimonio. Su sonrisa abierta de par en par sumada a su melodiosa voz de *uirapurú* embriagaba a los pretendientes, ya que les hacía sentir una alegría y un vigor descomunales.

Mientras los dos enamorados que se disputaban a la chica se preparaban para la competición, la radiante muchacha no lo pensó dos veces: se bajó del árbol, caminó por un caminito de tierra que daba al Manxica donde tenía aparcada su canoa y se fue sin que nadie lo notara. Acompañada de otras dos jovenzuelas del poblado partió sin mirar atrás. Antes de llegar al Manxica, la radiante ribereña se detuvo bajo la copa de un frondoso *jatobá* y pidió a las demás que guardaran silencio. Sin entender nada, las amigas obedecieron. Enseguida les dijo que era mejor atajar por la granja de cerdos, aunque sabía que tardarían algo más en llegar a la embarcación. Sin más explicación giró a la derecha y siguió caminando entre el bosque, dejando atrás el caminito de tierra por el que se desplazaban. De pronto, pegó un salto y fue a parar al pie de una enorme *sumaúma*. Entonces vio a un perezoso entre las sobresalientes raíces tabulares, llamadas *sapopemas*, cuyo diámetro alcanzaba más de tres metros. En un santiamén cogió un machete que reposaba bajo el árbol y pegó un par de golpes en la cabeza del mamífero. A continuación lo asfixió para evitar que sufriera y lo tapó con hojas secas para ocultarlo, ya que pensó que era mejor recogerlo cuando regresaran del festival.

Tras finalizar el sacrificio del cuadrúpedo, la *cabocla* pachanguera apuró el paso y en un santiamén alcanzó la canoa que reposaba en la

orilla del Manxica. Antes de subirse al transporte, ella y sus amigas se bañaron en las diáfanas aguas del arroyo y siguieron su destino, desliziéndose a bordo de la canoa. Un par de horas después se presentaron en el Festival del *Asaí*. En ese justo momento llegaban los últimos jóvenes: eran los dos nadadores que estaban enamorados de la joven y algunos amigos que los acompañaron por solidaridad. Ella no se sorprendió al verlos porque, además de que ya sabía quién sería el vencedor, su principal intención era disfrutar de la música y del baile del festival independientemente del resultado de la competición.

Entre risas y abrazos los jóvenes bailaron toda la noche. Tan divertido resultó el festival que ni el vencedor de la competición fue capaz de pensar en otra cosa más que en bailar. La alegría reinó como nunca antes, como si aquella misma noche fuera una noche de boda. Sin decir palabra, los enamorados sabían que el destino que los llevó a Panela los había unido y no quedaba lugar a dudas. Así, siguieron bailando sin preocupaciones.

Pasada la medianoche, los parranderos regresaron a Apuí. Aunque nadie había fijado la hora del regreso fueron guiados por el canto de los primeros gallos de la madrugada. De repente, se les unió al grupo un muchacho algo pelirrojo y algo bajito, algo barrigón y algo delgado, algo pecoso y algo pálido, pero nadie lo conocía y tampoco se percataron de que llevaba los pies invertidos. Así, partieron todos juntos.

Embriagados por los agradables olores que se desprendían de las entrañas de la selva, la pretendida y los demás muchachos jóvenes fueron recogiendo frutas y panales de abejas por el camino. Muy contentos se subieron a las canoas e hicieron el camino de vuelta a Apuí saboreando los ricos frutos de la naturaleza y relamiéndose la dulce miel. Mientras tanto, el joven pecoso de pies invertidos no dijo ni “mu”. A la

mitad de camino, y haciendo gestos de reprobación con la cabeza moviéndola de un lado hacia el otro, de pronto se volvió invisible ante la sorpresa de todos. Pensando que aquello había sido un sueño, la jarañera tomó los remos de su canoa con más fuerza y aceleró el paso. Ordenó que todos se pusieran en fila india hasta llegar a la orilla del Manxica. Sin rechistar, todas las canoas siguieron a la suya, firmes y rectilíneas. Cuando llegaron a la otra orilla del río, los jóvenes se bajaron de las canoas, se bañaron en el arroyo y tomaron el senderito de tierra que daba a Apuí. Esta vez, la *cabocla* pachanguera prescindió de atajar por la granja de cerdos. Quiso que la acompañara la hermandad porque estaba orgullosa de haber cazado un gran perezoso y además necesitaba ayuda para poder transportarlo.

Antes de llegar a la *sumaúma* donde había dejado escondido al mamífero, vio que una pequeña antorcha de luz parpadeaba sobre sus cabezas, rasante como una lechuza de medianoche. Al igual que los demás, pensó que aquello era una luciérnaga gigante, de aquellas que estaban en extinción en toda la selva. Pero al llegar a las *sapopemas* donde había guardado a su presa vio que allí no quedaba ni huella del perezoso y tampoco había señal de algún cazador o de otro intruso que se lo hubiese llevado.

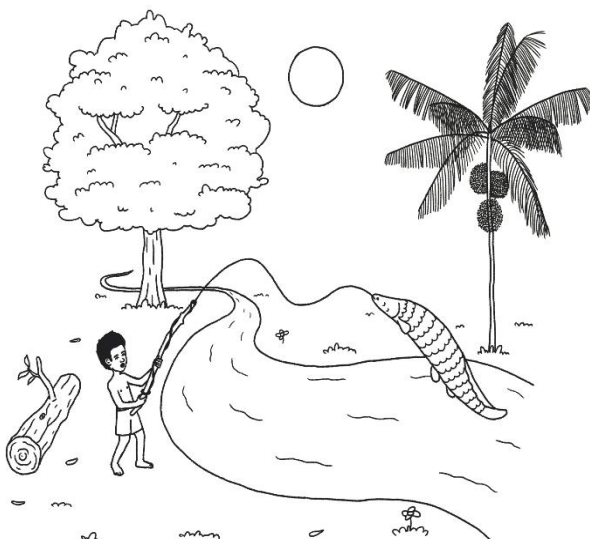
Al contar lo ocurrido a sus amigos, los muchachos empezaron a temblar como una liana verde. Sin apenas tener fuerza en las piernas para regresar a casa se sentaron en el suelo y se llevaron las manos a la cabeza. Mientras tanto la antorcha intensificó su brillo, emitió un ruido raro y exhaló un fuerte olor a pescado podrido que mareó a todos. Confundidos y sin poderse ubicar en el espacio y en el tiempo, los jóvenes se echaron a llorar. Lloraron tanto que desbordaron las aguas del Manxica y estuvieron a punto de ahogarse. El enamorado vencedor

de la competición, que conocía muchos de los secretos de la selva, invocó al espíritu de su abuelo, un viejo *caboclo* centenario que en vida fue el jefe del poblado, y de pronto lograron salir a flote. Orgullosa de su futuro marido, la jaranera se secó las lágrimas, se enroscó entre las *sapopemas* y, avergonzada, pidió perdón al Curupira ante todos los presentes. De inmediato brotó un enorme vendaval salido de la copa de la *sumaúma*, refrescándoles todo el cuerpo a los desolados muchachos jaraneros.

Pasados los fuertes vientos, los amigos se dieron cuenta de que los nuevos aires los habían trasladado a Apuí. Pero en vez de volverse a reunir bajo el frondoso *jatobá* que quedaba a la entrada del poblado se juntaron bajo la sombra del hermoso castaño que quedaba en el corazón de Apuí. Allí planificaron el enlace matrimonial más hermoso de todos los tiempos. Y en ese mismo lugar se celebró, al verano siguiente, la boda de la joven pachanguera y del joven vencedor del campeonato de las aguas, y, al igual que el Festival de *Asaí*, la fiesta duró doce soles.



La multiplicación de los peces



En aquel tiempo los inviernos eran tan rigurosos que durante los seis meses que duraban ningún ave se dejaba ver por las entrañas de la selva. En diciembre, cuando las lluvias torrenciales empezaban a caer, los volátiles buscaban escondrijos incluso bajo la tierra, pero era en los troncos de los árboles donde preferían cobijarse a la espera del verano, época en la que volvían a salir al exterior. Lejos de la vista de todos guardaban silencio y renovaban su plumaje.

En caso de que hubiera tormentas violentas y de que cayeran lluvias descomunales, los pájaros carpinteros lo advertían tres meses antes. Así, durante septiembre, octubre y noviembre se ponían a trabajar en los troncos de los árboles y multiplicaban los agujeros que luego servían como refugio para las otras especies de aves y así evitaban que alguna quedara a la merced del destino y de las inclemencias del tiempo.

Un día, el incremento del poc poc poc, poc poc... de los pájaros carpinteros produjo una gran expectación en los ribereños. Era una de las varias señales de alarma que de vez en vez les enviaba la naturaleza y a las que todos los habitantes de Apuí prestaban atención.

Los ancianos sabían que siempre que eso ocurría el pronóstico nunca fallaba. Al escuchar el ruido de las urracas, los ribereños se percataron de la inclemencia de los cielos y se prepararon para los próximos meses: mientras algunos construyeron nuevas canoas, otros mejoraron las paredes y los tejados de sus casas, otros impermeabilizaron sus viviendas con tal de protegerse de posibles goteras. Hacían todo esto para evitar padecer catarros indeseables y diarreas misteriosas que sembraban el pánico durante el invierno.

Debido a la intensidad de la actividad de los picapalos durante los tres meses que antecedieron a la que ya era la estación más lluviosa del año, los *caboclos* pudieron saber a ciencia cierta que, además de enero, febrero, marzo y abril, también mayo y junio iban a traer abundantes aguas.

De pronto los arroyos se ensancharon de un extremo a otro y se convirtieron en verdaderos mares de aguas verdosas y borrosas donde peces y anfibios de todos los tamaños y colores protagonizaron el más bello espectáculo natural. Pero de todos los seres vivos que desfilaron por la mar de aguas que cortaba la selva destacaron los radiantes *delfines colorados*.

Para la estupefacción de los *caboclos*, los delfines formaron una extraordinaria alfombra movediza de color rosado luminoso cubriendo el cauce de los ríos que cortaban el corazón de los bosques. En forma de eses el río rosa parecía no tener fin. La gran mancha rosada contrastaba con el esplendoroso verde de los árboles, dibujando un asombroso cuadro natural.

Ante aquella belleza sin igual, las orquestas de anfibios se multiplicaron y se dejaron escuchar por doquier, anunciando que allí había una enorme cantidad de peces. La extraordinaria melodía embriagó a todos los pescadores de Apuí quienes, sin pensarlo dos veces, tomaron sus canoas y sus redes de pesca y se lanzaron por aquellas aguas inusitadas, movidos por la esperanza de obtener una buena pesca.

La presencia de los pescadores hizo que se callaran los sapos, al tiempo que espantó a todos los *delfines colorados*. Ante el silencio de los anfibios y la desaparición de los bufeos, las aves se animaron a salir de los agujeros donde estaban. De repente llegó el verano.

El mes de junio dio ahora la bienvenida a la orquesta formada por pájaros multicolores de todas las especies y la algarabía volvió a reinar al interior de la selva. Había aves azules, blancas, rojas, amarillas, negras, rosas, verdes, marrones, grises, naranjas, moradas; de plumajes foscos, brillantes, lisos, erizados; con picos cortos y pequeños, alargados y finos, aplanados, con forma de gancho, afilados en forma de lanza...

Avanzado el verano, los pescadores siguieron faenando. Entre todos los pescadores de Apuí, Rapupú se hizo famoso por su capacidad de atrapar a las *traíras*, los peces de fango más populares de la región. Pero nadie sabía que él utilizaba el jugo de *quilambí* para “marear a los peces”, tal como lo hacían su padre y su abuelo.

Cuando amaneció el primer sábado de julio, Rapupú se subió a su canoa y partió selva adentro. Era una mañana soleada y brillante. Quería hacer su agosto. Mientras su anciana madre se removía en la hamaca donde dormía haciendo el amago de levantarse, el astuto pescador recogió sus pertenencias y salió sin que ella lo notara. Quería darle una sorpresa demostrándole que la ausencia del padre de familia, muerto hacía pocos meses, no les iba a traer hambre, tal como había pronosticado ella la noche anterior mientras exteriorizaba su deseo de alimentarse a base de pescado durante las semanas siguientes. Bañada en lágrimas, la viuda madre había concluido la conversación y se había quedado dormida no sin que antes Rapupú la hubiera tranquilizado diciéndole que no se preocupara porque ni ella, ni sus hermanos pequeños, ni nadie del vecindario se iban a morir de hambre.

Al día siguiente, Rapupú decidió partir en busca de lo que llamaban mixtura, la caza o pesca utilizada para acompañar el arroz o la harina de *mandioca* que forma la base de la alimentación de la gente de Apuí.

El muchacho cazador fue a pescar acompañado de su tío: un muchachito de su edad que también conocía muchos de los secretos de la selva. Ambos habían aprendido a cazar y a pescar desde muy temprana edad cuando todavía tenían todos los dientes de leche.

En tres cuartos de hora alcanzaron el corazón de la selva, lugar en el que llevarían a cabo la pesca. Al llegar al destino previsto, Rapupú echó al agua el *quilambí* que él mismo preparó, pero en vez de calcular la cantidad mínima necesaria, como lo hacían su abuelo y su padre, vació el recipiente entero. En un santiamén vio surgir una gran cantidad de peces en el arroyo como nunca había pasado en vida de su padre. De forma mágica, la mar de peces le nubló la vista y lo dejó aturdido. El que era un pequeño arroyo quedó bajo una verdadera alfombra viviente donde apenas se podía ver el agua. Sin entender aquello, el pequeño cazador pidió auxilio a su tío pero este ya había regresado a casa porque en tiempo récord había pescado la cantidad suficiente para alimentarse él y su familia.

Algo arrepentido, Rapupú se puso a recoger los peces pero al ver que no daba abasto se sentó en el suelo, cerró los ojos, respiró hondo y elaboró un nuevo plan. Pensó que podía llenar muchos cestos con los peces, pero al abrir los ojos se vio perdido en medio de un bosque cerrado, en el que nunca había estado. Estaba solo y sin el pescado que creyó capturar. Con el corazón a punto de salirle por la boca, el muchacho avanzó selva adentro sin apenas encontrar un senderito de tierra por el que desplazarse libremente.

El camino que conocía como la palma de su mano se convirtió en un verdadero laberinto del que parecía no lograr salir. Tras girar como una peonza acabó regresando a las aguas donde había vertido anteriormente el *quilambí*, la pócima milagrosa. Mareado pero decidido a

seguir buscando el camino que lo llevaría a su casa, Rapupú se llevó las manos a la cabeza e invocó al espíritu de su abuelo. Del pesar que sentía, se sentó en el suelo porque tampoco tenía fuerza en las piernas para seguir avanzando. De repente se vio entre un remolino y solo así se acordó de que había actuado mal. A duras penas logró ponerse de rodillas y prometió al Curupira que jamás volvería a trastocar las enseñanzas de su padre y de su abuelo. Tras reconocer su avaricia, se frotó los ojos y se dio cuenta de que estaba a la orilla del Manxica, el arroyo que daba a Apuí. Allí se topó con su canoa. Avergonzado de sí mismo tomó los remos y se puso a remar de vuelta a casa.

Con la sonrisa abierta de par en par, al otro lado del Manxica dejó su canoa, se bajó enseguida, tomó el anzuelo y lo lanzó al agua. Al primer intento logró capturar un gran *pirarucú*, hecho que le devolvió la certeza de ser un gran pescador.

De vuelta a Apuí, Rapupú se reunió con su madre y con sus hermanos, y juntos decidieron celebrar la abundancia con todo el vecindario. Mientras niños y mayores escuchaban atentamente el relato del famoso cazador sobre cómo había capturado aquel pez, se prepararon para celebrar la hazaña, debido a que el *pirarucú* que llevó el joven pescador aquel día fue el pez más grande capturado de todos los tiempos en el poblado. Mientras Rapupú disfrutaba de su fama de buen pescador, su tío se puso a preparar la fogata donde harían el tradicional *avoado*. Pero esta vez estaría protagonizado por el mayor pez de agua dulce que había sido pescado en Apuí, el pez más apreciado por los ribereños de toda la geografía que componía la selva más enigmática y fascinante del planeta: la selva amazónica.



Aponte a câmera do celular

Glosario

Agutí: Mamífero roedor pequeño que habita en selvas tropicales. Tiene hocico, orejas y cola cortos y patas largas.

Apuí: Planta que nace sobre otros árboles y que lanza sus raíces al suelo, sofocándolos y matándolos; este fenómeno es conocido como el “abrazo de la muerte”. Posee propiedades medicinales y su savia es utilizada como vermicida.

Aracuán: Ave de mediano tamaño que construye su nido en el bosque cerrado, en la copa de los árboles o en ramas y troncos caídos, aunque también puede usar los nidos abandonados por otras aves. Es una presa muy apreciada por los cazadores.

Asaí: Palmera nativa de la región amazónica cuyo fruto es muy apreciado, el cual es considerado el “oro negro” o “la perla de la Amazonía” debido a su gran valor económico.

Avoadó: Reunión gastronómica muy popular entre los ribereños, se organiza invitando a comer a familiares y amigos. Se suele llevar a cabo principalmente los fines de semana y días festivos. La comida que se comparte es pescado asado a la brasa al estilo caboclo.

Babasú: Palmera robusta, nativa de la selva amazónica, de sus semillas se extrae el aceite de babasú, muy utilizado en la industria de cosméticos.

Bacurí: Fruta popular de la región Norte, muy utilizada en la medicina tradicional. Posee sabor intenso y olor muy agradable.

Boto (buefo colorado, delfín rosado): Mamífero acuático endémico del Amazonas. Es el mayor delfín de agua dulce y se encuentra en peligro de extinción. En la cultura amazónica protagoniza una de las leyendas más populares del folklore brasileño, según la cual tiene la capacidad de transformarse en un hermoso joven que seduce a las jóvenes ribereñas.

Burití: Palmera nativa de la región amazónica considerada el “árbol de la vida”, una de las más veneradas por los amazónicos.

Caboclo (a): Persona nativa de las zonas rurales, del interior ribereño. Palabra originaria de la lengua tupí *caa-boc*, que significa “el que viene de la selva”.

Comadrona (matrona): Partera tradicional.

Capitán del bosque (cricrió): Ave considerada la más ruidosa de la Amazonía; su canto estridente sirve como alarma para indicar la presencia de intrusos.

Iara o Uiara: Personaje emblemático del folklore brasileño con forma de sirena, conocida como la popular “madre de las aguas”.

Jacaranda: Árbol que cuenta con alrededor de 50 especies. En la Amazonia se le conoce como *parapará*, su madera es muy ligera.

Jatobá: Árbol de madera noble, con la que se construyen las mejores canoas.

Majá: Pequeño roedor que se alimenta a base de frutas, semillas, hojas y raíces. Su carne es muy sabrosa y muy apreciada.

Mandioca (yuca): Planta de origen tropical que posee tubérculos (raíces) comestibles, de los cuales se produce la harina de mandioca, uno de los alimentos básicos de los pueblos amazónicos. Es muy nutritiva y se emplea para acompañar carnes, pescados, caldos y también al asái.

Pecoña: Especie de cinta hecha con fibras. Es un objeto rudimentario muy utilizado en la recolección del asái y que sirve para facilitar la escalada a la palmera.

Pecoñero (a): Persona que sube a la palmera de asái para recoger los frutos.

Pirarucú: Pez de gran tamaño nativo de la Amazonía, es uno de los mayores peces de agua dulce del planeta y tiene una de las carnes más apreciadas por los ribereños.

Pupuña: Fruto de una palmera nativa de la región amazónica, popularmente conocido como el “fruto del vigor”, es uno de los más apreciados por los ribereños por su alto valor nutritivo y por aportar energía y vitalidad.

Quiabo (bamia, okra, gombo, quimbongó): Es un vegetal de origen africano muy utilizado en la gastronomía brasileña por su versatilidad. Posee una textura gelatinosa y puede ser consumido fresco o hervido, en ensaladas o en guisos.

Quilambí: Planta de sustancia tóxica utilizada en la pesca tradicional. Forma parte de la cultura de los pueblos indígenas amazónicos.

Sapopemas: Raíces tabulares que crecen con el tronco de muchos árboles de la selva. Son grandes, bien desarrolladas y tienen apariencia de tablas que dan soporte a la planta.

Sumaúma o ceiba: Árbol considerado la “madre de los árboles” por los indígenas amazónicos. Posee raíces tabulares llamadas sapopemas. Es majestuoso y sus partes son utilizadas en la medicina tradicional.

Tacacá: Plato típico de la región amazónica originario de la culinaria indígena; consiste básicamente en la mezcla de fécula de mandioca, jugo de tucupí y hojas de la planta jambú (hierba de los dientes).

Tapioquiña: Crepe o tortilla elaborada con fécula de mandioca.

Tapirí: Cabaña improvisada, cubierta con hojas de palmeras.

Traíra: Pez de fango muy popular en la región amazónica.

Tucunaré: Pez caníbal que se alimenta de otros peces y crustáceos, son relativamente sedentarios y habitan en lagos, ríos y arroyos.

Tucupí: Jugo amarillo extraído de la raíz de la mandioca. Es uno de los principales ingredientes de la gastronomía amazónica. Como es un jugo tóxico, antes de ser consumido pasa por un proceso de fermentación y cocción para quitarle la toxicidad.

Uirapurú: Ave exclusiva de la selva amazónica cuyo canto es uno de los más bellos entre las aves, es considerado “el músico de los bosques”. En el folclore brasileño protagoniza una de las más bellas historias de amor, por lo que es símbolo de felicidad. Este “rey del amor” ha inspirado a importantes músicos y escritores de todo el país.

Urú: Ave terrestre relativamente grande. Vive en los bosques densos y oscuros, es rechoncha y se parece a una gallina, tiene el pico corto y piernas fuertes.

Vatapá: Plato típico de la gastronomía afro-brasileña hecho a base de harina de mandioca o pan, anacardos, cacahuete (maní), aceite de palma y otros.

Yaca (jaca): Fruta tropical de gran porte, de aroma y sabor bastante intensos.

Postfacio

Dr. Carlos Pulpillo-Leiva
Historiador y Gestor Cultural
Instituto Cervantes/Reino Unido
Manchester, 2022

Conocer la realidad de los pueblos de la inmensa Amazonía brasileña es adentrarse en un mundo de historias y leyendas que son necesarias para comprender, estudiar y valorar el pasado, el presente y el futuro de estas sociedades. Un vasto territorio, con comunidades de diferentes acervos culturales, donde la transmisión oral, de generación en generación, sigue siendo la mejor vía para su pervivencia. Para ampliar nuestro conocimiento sobre las historias amazónicas, la Dra. Gracineia Araújo nos presenta un delicioso libro en el que nos acerca a una selección de historias fantásticas inspiradas en los relatos recogidos de la tradición oral de los habitantes de la población Apuí, en el mismo “pulmón del mundo” que es la selva amazónica, dónde, de la mano de Matinta Perera y de Curupira, nos invita a pasear y a conocer los paisajes amazónicos, su gente, sus sonidos, sus animales y, en definitiva, la memoria colectiva que emana de su cultura.

La Amazonia desde adentro. Historias fantásticas de la selva representa la diversidad cultural de las sociedades que viven en el Amazonas y muestra una oralidad llena de metáforas que dan sentido y significado a ese mundo verde que los rodea. Los relatos exponen una literatura fantástica que ha servido de base e inspiración para muchos autores, ya que “la selva está llena de diamantes”, parafraseando la metáfora del gran Arthur Miller⁸. Tenemos ante nuestros ojos unos relatos que poseen un componente educativo hacia aquellos que los escuchan, enseñándoles a vivir y a convivir con la madre naturaleza, mostrándoles el respeto necesario hacia ella como parte esencial e imprescindible de sus vidas, puesto que la selva y los seres humanos que

⁸ Miller, Arthur, *La muerte de un viajante*, Buenos Aires, Losada, 1995.

la habitan forman parte de un mismo todo. Asimismo, los textos recogidos también nos describen la belleza desde dentro de los espacios amazónicos, a los que el lector se teletransporta para sentirlos, experimentarlos y comprenderlos, en un nuevo mundo lleno de sonidos de pájaros multicolores, de animales olvidados y de olores desconocidos... y en el que uno se hace partícipe a través de las palabras de ese todo que representa el pulmón del planeta. En la selva podemos encontrarnos con la Matinta Perera y temblar con su escalofriante sonido, o saludar a Curupira, que no deja de ser la “Madreselva” de otras tradiciones, y acompañarlas en un mundo de creaciones mágicas, además de sentir el respeto que le tienen los oriundos como algo real dentro de su imaginario colectivo.

En mi acercamiento como lector a estos relatos, que ponen voz a las tradiciones de la población de Apuí, encuentro varios aspectos que hay que tener en cuenta para ser conscientes de la importancia de la tradición oral. En primer lugar, destaco la importancia del “contar” como un proceso de comunicación, de transmisión y de cultura, en el que las personas con una mayor experiencia en la comunidad adquieren gran preeminencia como focos fundamentales de conocimiento. Lo que nos obliga a contemplar la importancia social de nuestros mayores como referentes de tradiciones y comunidades, sobre todo, en el mundo actual en el que la inmediatez no presta atención a las historias reposadas y cargadas de significado que han dado sentido a su existencia dentro de una comunidad. Además, la tradición oral ha sido esencial para sentar las bases de los caminos de la literatura actual, incluso el mismo Gabriel García Márquez reconocía la importancia de

la oralidad y “las historias de su abuela” como algo fundamental en el mundo que creó en Macondo⁹.

Pero en este narrar de las tradiciones no solo es importante lo que se cuenta sino también cómo se cuenta, ya que ello representa toda una teatralización en la que un emisor, como un bardo de épocas preteritas, cuenta, enfatiza o destaca aspectos de esos relatos mágicos a uno o varios oyentes que lo escuchan y se empapan de su propia cultura. Por tanto, es un proceso que se convierte en un acto de transmisión cultural con una carga significativa, dada la contribución que los cuentos, las leyendas y narraciones generan para crear conciencia de comunidad bajo unos rasgos culturales compartidos. Sin embargo, esa virtud social que se expone a través de la palabra hablada es, a su vez, la mayor debilidad del relato ya que va a depender del contexto y de la memoria del que cuenta y de quien la escucha y que, si no termina plasmándose sobre el papel, es deudora del paso de tiempo y del olvido.

En segundo lugar, el libro también pone sobre el papel la importancia de la tradición oral como fuente histórica porque contribuye a la pervivencia de la historia de Apuí, abriéndonos a la rica oralidad de las culturas amazónicas brasileñas con unos relatos que representan una fuente importante para el conocimiento histórico-etnográfico de esas comunidades. Un imaginario rural y ribereño en el que se da voz a aquellos que no han dejado su testimonio en la historia pero que se

⁹ García Márquez, Gabriel, *Vivir para contarla*, Barcelona, Mondadori, 2002. También en: Cruz, Modesta, *Gabriel García Márquez, Latinoamérica tiene quién le escriba* (programa de radio del día 20/09/2014), documentos Radio Nacional de España, disponible en: <https://www.rtve.es/play/audios/documentos-rne/documentos-rne-gabriel-garcia-marquez-latinoamerica-tiene-quien-escriba-20-07-15/2768955/>

refleja en la palabra hablada que configura sus tradiciones, con lo cual se construye una historia desde abajo, como lo manifestaba el historiador Ronald Fraser. Evidentemente, la historia oral, entendida como pequeños relatos de vida, ha de estar enmarcada en su contexto, cotejada y contrastada con otras fuentes – para no caer en los peligros de la subjetividad–, pero no deja de ser un elemento más que permite buscar huellas, una pieza más de un puzzle que representa un pasado que da voz a las personas, la tradición y la memoria como fuente de conocimiento, en el que los científicos sociales pueden buscar nuevas vías de investigación.

Por último, entendiendo y valorando la tradición oral de estas sociedades como portadora de conocimiento y saber con profundas raíces, hay que ser conscientes de que en el mundo actual se encuentra amenazada por diversos aspectos del “progreso” tales como la rápida urbanización y el impacto en los modelos de vida, dada la pérdida de la esfera del mundo rural que, como se aprecia en el libro, es muy importante; la emigración y los procesos de aculturación que repercuten en el olvido; o, incluso, el impacto de la crisis climática y la transformación de las sociedades con la merma de sus recursos y sus referentes de vida. Asimismo, no puede obviarse tampoco el impacto del cambio de paradigma comunicativo que ha desarrollado la sociedad de la información que nos permite acceder, casi en tiempo real, a cualquier contenido que queramos consultar, pero cuya globalización ha abierto un proceso de retroceso de diversidad cultural que se abre al peligro de la imposición de una “historia única”, como recordaba la escritora Chimamanda Ngozi Adichie, en la que el relato globalizado posee una fuerza y un atractivo que acabará desplazando al cajón del olvido a las tradiciones de comunidades minoritarias con la consecuente pérdida

de acervo cultural, e incluso la generación de ideas preconcebidas que generan imágenes idealizadas de toda aquella comunidad que se sale de los cánones de la sociedad actual¹⁰.

Por ello, las historias que se recogen en el presente volumen, que han pasado de boca en boca (hasta llegar a los oídos de la Dra. Araújo, quien las reelaboró para mostrárnoslas), son una representación del imaginario colectivo de la oralidad única brasileña que adquiere un significado y una dimensión que va más allá de las meras palabras. Deben ser entendidas como expresiones orgánicas y culturales de la identidad, de las costumbres y de la continuidad de la cultura del interior de la selva y como expresión de su rico patrimonio oral dentro de la diversidad cultural de la Amazonía. Por tanto, ante este peligro subyacente en la oralidad y la consecuente pérdida de la diversidad cultural que representa, hay que seguir animando a las instituciones nacionales y supranacionales para que desarrollen políticas culturales de protección y también animar a los investigadores a seguir hablando con nuestros mayores, ya que son ellos los portadores de historias, relatos, leyendas y conocimiento que dieron y dan sentido a la comunidad en la que hemos crecido y en la que nos hemos formado.

En definitiva, el trabajo que ha realizado la Dra. Araújo revitaliza y pone en valor el bagaje de la literatura oral amazónica con el objetivo de que no se pierda en el olvido. Además de conducir a los lectores a un viaje maravilloso por la selva amazónica, por sus leyendas y por sus

¹⁰ Ngozi Adichie, Chimmamanda, *El peligro de la historia única*, Barcelona, Random House, 2018. También en *Ibidem*, en TED talks (programa de julio de 2009), disponible en: https://www.ted.com/talks/chimmamanda_ngozi_adichie_the_danger_of_a_single_story?language=es

historias; y a escuchar cómo la “voz dulce” del poema de Alfonsina Storni nos llama:

Es que en medio de la selva.

Tu voz dulce me llama...¹¹

Dr. Carlos Pulpillo-Leiva
Historiador y Gestor Cultural
Instituto Cervantes/Reino Unido
Manchester, 2022



¹¹ Storni, Alfonsina, *Antología poética*, Buenos Aires, Losada, 1991.

Narradores y narradoras

Ana Nadal Quirós (Ponce, Puerto Rico)

Ana Nadal Quirós (Ponce, Puerto Rico, 1980) es mamá de Lucas, escritora y profesora. Tiene un doctorado en literatura española e hispanoamericana de la Universidad de Salamanca. Ha publicado artículos periodísticos y trabajos académicos y creativos en diversos medios. En el 2009 obtuvo el Premio Internacional de Microficción Dramatúrgica Garzón Céspedes (Cuba/España) por el monólogo “El zapato”. Su estudio sobre la poesía mística del poeta nicaragüense Ernesto Cardenal, *Ernesto Cardenal: la expresión poética de la experiencia mística*, vio la luz en el año 2014 (Anamá). Recientemente publicó la colección de cuentos *Cucaracha americana* (Ediciones del Flamboyán: San Juan, 2021). En la actualidad, enseña en la Universidad de Puerto Rico en Ponce.





Carlos Pulpillo Leiva
(Mijas, Málaga, España)

Historiador especializado en la historia de España en el siglo XX con especial interés por las historias oral y las vidas de aquellos que nunca aparecen en los libros. Actualmente trabaja como gestor cultural en el Instituto Cervantes de Mánchester.



Cecilia Cortés
(Ciudad de México, México)

Es Dra. en Filología Hispánica por la Universidad de Salamanca y actualmente trabaja en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la Universidad Nacional Autónoma de México documentando los impresos del siglo XVII novohispano que resguarda la Biblioteca Nacional de ese país.



Daniel Gordillo (Bogotá, Colombia)

Es antropólogo, candidato a Doctor en Educación de la Universidad Federal de Paraíba (PPGE/UFPB), en la línea de investigación Estudios Culturales de la Educación. Magíster en Antropología Social por la Universidad Federal de Santa Catarina (PPGAS/UFSC). Desarrolla su tesis sobre el proceso de inserción y acogida de los estudiantes venezolanos en las escuelas públicas de Paraíba.

Enric Botella (Barcelona, España)

Nació en Barcelona, España, en 1991. Es periodista con años de experiencia en el ámbito del periodismo local e internacional, entre los que destaca su etapa como periodista de BBC News Mundo, el servicio en español de la BBC, entre 2017 y 2022.



Esther Gambi (Burgos, España)

Es doctora en Historia de Brasil por la Universidad de Salamanca y, desde 2006, trabaja en la Fundación Cultural Hispano Brasileña desarrollando proyectos culturales y educativos destinados a difundir la cultura brasileña en España. Es la directora del programa radiofónico BMQS (Brasil es mucho más que samba) emitido todos los martes por Radio Universidad, que se encuentra ya en su 14^a temporada.



Imelda Cuellar (Salamanca, España)

Es técnico en administración y finanzas y graduada en relaciones laborales y recursos humanos. Desde 2018 trabaja en NTT Data 6, una compañía mundial de servicios IT. Empezó su carrera como becaria y con una buena base de aprendizaje y esfuerzo, actualmente lidera la parte de *Recruiting* del centro de Salamanca. No todo es selección de personal, también le apasiona el senderismo y viajar para conocer nuevas culturas.





José Sánchez (Salamanca, España)

Nació en Salamanca, España, pero es irlandés de corazón a pesar de vivir en la Ciudad de México. Informático apasionado desde niño y que, con el paso del tiempo, hizo su propio sistema operativo. Aficionado al café de especialidad, a la cerveza IPA y al deporte; además ser padre, comprometido y amoroso, de dos niños.



Liza Higuera (Bogotá, Colombia)

Es Magíster en Lingüística del Instituto Caro y Cuervo (Bogotá, Colombia) y Master en Filología Hispánica del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid, España). Comunicadora Social-Periodismo en la Universidad Central de Bogotá (Colombia). Trabajó como asesora de la Consejería de Programas Especiales de la Presidencia de la República en Colombia y en la actualidad se desempeña como docente del área de Periodismo en la Universidad de Piura (Perú).



Nacho López Llandres (Madrid, España)

Es un locutor madrileño, licenciado en Periodismo que desde hace 17 años desempeña el puesto de director y presentador del programa “Hoy por Hoy” de la Cadena SER Madrid Norte. Ha realizado diversas campañas como locutor para grandes empresas y agencias de publicidad. Además, cuenta con experiencia en informativos de televisión, así

como en la realización de documentales sobre naturaleza. Tiene publicadas cuatro novelas: *Expediente Ananda*, *Tu mirada mis ojos*, *El vuelo del Snegir* y *Mi último aliento*, *Lucía* con la Editorial Palabras de Agua.

Pablo Grande López
(Salamanca, España)

Nacido en Salamanca, España, en 1977, en cuyo conservatorio se inició en el aprendizaje del piano, cursó estudios de arquitectura en Madrid. Hoy, *arquínista*, mitad arquitecto mitad pianista, cien por cien bachiano, sigue siendo - como Hesse- ‘un hombre que busca’ aquello que sabe ‘a locura y a sueños [...] como la vida de todos los hombres que no quieren engañarse más a sí mismos’.



Tadeo Stein (Rosario, Argentina)

Tadeo Pablo Stein, nacido en Argentina, es investigador titular en la Universidad Nacional Autónoma de México y se dedica sobre todo a estudiar la poesía escrita en México durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Ha publicado libros y artículos al respecto. También escribe poesía.





**Yining Echeandía Montenegro
(Piura, Perú)**

Es profesora de Español como lengua materna y extranjera. Licenciada en Educación, Lengua y Literatura Española (UDEP, Perú). Máster en Filología Hispánica (CSIC, Madrid)

Ilustrador e ilustradora

Santiago Schefret

(Mar del Plata, Argentina)

Nacido en Mar del Plata, Buenos Aires, es ilustrador digital. Su estilo multifacético le permite desplazarse por diferentes mundos, que trascienden la realidad y abarca el universo del *cartoon*; ilustra personajes, historias e ideas.



Simone Rasslan (Feira de Santana, Bahía/Brasil)

Nacida en Feira de Santana, en el sertón bahiano, es artista visual y curadora de arte. Concentra su trabajo en pinturas que retratan la ancestralidad, la naturaleza y sus magias; se enfoca en lo sagrado femenino y en los pueblos invisibilizados.



Formato: 14x21cm
Tipologia: Georgia
Número de Páginas: 135
Todos os direitos reservados.
2023
Suporte Html5



La obra remite a los lectores al corazón de la selva amazónica, que hechiza con encantamientos retratados en sus leyendas. Las historias fantásticas de Matinta Perera y Curupira nos transportan al interior de la gran selva por medio de un lenguaje ligero y agradable, en ellas encontramos una mezcla de ficción y de realidad, como en toda obra literaria. En este libro las historias son ficticias pero las situaciones expuestas en cada una de ellas son un espejo de la realidad vivida por los pueblos de la selva: los hábitos cotidianos, las creencias y las tradiciones, las exquisiteces, la sonoridad y lo colorido del ambiente natural, la riqueza de la flora y de la fauna del espacio amazónico se hacen presentes naturalmente en el conjunto de las narraciones.

En esta obra, de relevante aportación a la literatura de tradición oral, escrita originalmente en español y traducida también al portugués, la autora Dra. Gracineia Araújo, posibilita de forma generosa que un vasto público lector de las lenguas española y portuguesa tenga el gusto de dejarse atraer por dos de los importantes personajes de las leyendas amazónicas: Matinta Perera y Curupira, mostrando que esas entidades buscan proteger la selva de sus agresores desavisados. Y, al mismo tiempo, permite a los que desean adentrarse al universo de los habitantes del poblado Apuí, que puedan vivenciar, a través de una sutileza de detalles expresados en las narraciones, los diversos atractivos y peculiaridades del territorio amazónico todavía poco conocido por aquellos que se encuentran, o se sienten, distantes de su realidad.

Profa. Dra. Carmen Lúcia Reis Rodrigues
Universidade Federal de Pará (Brasil)



VNIVERSID
D SALAMANCA



CENTRO DE
ESTUDIOS
BRASILEÑOS

PROEX

Pró-Reitoria de Extensão | UFPA

PROPESP

Pró-Reitoria de Pesquisa
e Pós-Graduação | UFPA

ProDoutor
Programa de Apoio ao Doutor Pesquisador UFPA

